

2019-11-08

El deseo del analista: Eje del análisis

Gorosito, Juan Cruz

<http://rpsico.mdp.edu.ar/handle/123456789/1202>

Descargado de RPsico, Repositorio de Psicología. Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Inni



Universidad Nacional de Mar del Plata

Facultad de Psicología

Informe Final del Trabajo de Investigación correspondiente al requisito curricular conforme O.C.S 553/09

“EL DESEO DEL ANALISTA: EJE DEL ANÁLISIS”

Alumno: Gorosito, Juan Cruz /Matricula: 06999/05 / DNI: 30.781.591

Supervisor: Lic. Hugo Martínez Álvarez

Co- supervisor:

Catedra de radicación: Introducción a la Teoría Psicoanalítica.

Fecha de presentación:

"Este Informe Final corresponde al requisito curricular de Investigación y como tal es propiedad exclusiva del alumno Gorosito, Juan Cruz de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Mar del Plata y no puede ser publicado en un todo o en sus partes o resumirse, sin el previo consentimiento escrito del autor".

“El que suscribe manifiesta que el presente Informe Final ha sido elaborado por el alumno Gorosito Juan Cruz matricula N° 06999/05, conforme a los objetivos y el plan de trabajo oportunamente pautado, aprobando en consecuencia la totalidad de sus contenidos, a los.....días del mes de.....; del año 2019.”

Firma, aclaración del Supervisor y/o Co-Supervisor.

Informe de evaluación del Supervisor y/o Co-supervisor.

El tesista ha mostrado una gran responsabilidad y rigurosidad en el trabajo realizado, se mantuvo atento y dispuesto a correcciones y sugerencias mostrando una excelente disposición para el trabajo llevado adelante. La complejidad del tema abordado, en especial por las ramificaciones a temas centrales de la obra de Lacan, y la forma en que ha sido llevado adelante muestra el compromiso y su capacidad de trabajo.

Supervisor.

Co-supervisor.

“Atento al cumplimiento de los requisitos prescriptos en las normas vigentes, en el día de la fecha se procede a dar aprobación al Trabajo de Investigación presentado por el alumno Gorosito, Juan Cruz matrícula N° 06999/05”.

Firma y aclaración de los miembros integrantes de la Comisión Asesora.

Fecha de aprobación:

Calificación:

Índice

Introducción.	1
Capítulo. I. Aproximación al concepto: “Deseo del Analista”.	6
Lacan en dialogo con los Griegos.	7
La transferencia en Freud.	9
El deseo del analista. Introducción al concepto.....	16
Capítulo. II. “Transferencia y Contratransferencia”	22
La Transferencia en Lacan. El amor y la repetición.	23
La Transferencia más allá de la repetición: el amor al saber en quien ignora.....	28
La contratransferencia: obstáculo al deseo del analista.	33
Capítulo. III. El deseo del analista.	38
Retornar a Freud desde el deseo.	38
Pulsión, Demanda y Deseo en la experiencia analítica.	40
La transferencia después del “Banquete”: El deseo del analista.....	44
Capítulo IV. El deseo del analista: implicancias en la dirección de la cura.	50
La dirección de la cura: más allá de la contratransferencia.....	51
Posición del analista: no es sin su deseo.	53
El duelo del analista: o la reducción de su “ser”	58
Apéndice A:	63
Conceptualizaciones actuales del deseo del analista.	63
Conceptualizaciones de Jacques-Alain Miller: Deseo del analista: “lo más singular y la reducción a lo real”.	63
Conceptualizaciones de Gerard Pommier: Deseo del analista o deseo de ser analista.	66
Conceptualizaciones de Serge Cottet. Deseo del analista: La ética en Freud.	69
Conceptualizaciones de Jean Allouch. Deseo del analista: ¡ser un cualquiera!.....	71
Conclusiones	74
Bibliografía:	84

Introducción.

El siguiente trabajo tiene como objetivo precisar las conceptualizaciones teóricas sobre el deseo del Analista en el *seminario VIII* de Jacques Lacan. Seminario que lleva por título *La transferencia* dictado entre 1960 y 1961. La búsqueda de antecedentes nos permitirá ubicar el campo conceptual en el cual se desarrolla, así como también el marco donde tal concepto entra en relación con otras conceptualizaciones fundamentales para la clínica psicoanalítica: Transferencia, Contratransferencia y dirección de la cura. La labor se centrará en las posibles articulaciones e incidencias de dicho concepto en la práctica clínica e impacto en la teoría.

El trabajo pretende explorar y precisar de qué trata este concepto que hace su ingreso en la Teoría Psicoanalítica en un momento de la Obra de Lacan y que corresponde a un “invención” que modifica la relación entre los otros conceptos fundamentales de la teoría y que tiene alcances en la clínica psicoanalítica. Es preciso aclarar que el término “invención” refiere a lo que hasta ese momento no existía en la teoría. Si bien no es una invención al modo del objeto (a), porque deseo y analista o posición de este en un análisis preexisten a tal formulación, por lo tanto es considerada como tal porque su advenimiento intenta responder sobre las dificultades específicas de la clínica de la época y a contrarrestar los efectos de la lectura que el psicoanálisis del momento hace de la contratransferencia.

La pregunta por la “subjetividad” del analista en la incidencia del tratamiento psicoanalítico es uno de los motores de este trabajo y como todo desarrollo de Lacan nos ubica ante la paradoja de no obtener de la pregunta una única respuesta. Este impedimento de una elaboración de contenidos de inmediata comprensión no resulta un obstáculo a la investigación, más bien la motiva y nos ubica frente a la falta: condición previa y fundamental de toda “producción” que nos permite incluir la subjetividad en este trabajo.

Se pueden ubicar las razones que justifican el arribo en la teoría: 1) marcar una diferencia con las teorías de la Contratransferencia del momento y 2) superar las complicaciones en las que el psicoanálisis se encontraba con la búsqueda de la “neutralidad”. Este segundo punto que justifica su arribo me pone de cara a la pregunta: ¿De qué deseo se trata el deseo del analista? , ¿Son aquellas marcas propias de cada analista, aquello que lo lleva a estar en el lugar de analista? El deseo que lleva a un sujeto a ser o estar en posición de analista

no será objeto de este trabajo, estimando que las marcas que llevan a un sujeto a querer “ser” analista es de orden singular y remite a la historia particular de cada sujeto.

Sin remitirnos a un estudio Ontológico del deseo del analista la pregunta por tal deseo no puede quedar por fuera de nuestro campo, como refiere Lacan en el *seminario XI*, como si sucede con otras ocupaciones, ya que nadie se pregunta sobre el deseo de un Físico o un Médico y como este incide en su labor (Lacan 1964).

Diana Rabinovich (2015), ubica en el *seminario VIII La Transferencia* (1960- 1961) la introducción del concepto deseo del analista. La autora plantea el deseo del analista definido como un vacío, lugar donde podrá advenir el deseo del paciente como deseo de su Otro, precisando la dimensión de operación del deseo del analista para que se produzca un análisis.

Se tomarán los desarrollos comprendidos entre el *seminario VIII* y el *seminario XI* de Jaques Lacan. Tomaremos fundamentalmente el primer seminario mencionado por su carácter introductorio del concepto en la teoría Psicoanalítica y por el contexto histórico en el que se produce tal conceptualización.

En la clase VII titulada “La Atopía de Eros (Agatón)” Lacan comienza diciendo: “... en todo lo que les enseñé, considero que me limité a hacerles advertir que la doctrina de Freud implica al deseo en una dialéctica” (Lacan, 1960, p. 115).

Los interrogantes con los que se inician este trabajo, consideramos que no serán agotados o revelados en su totalidad, y solo una porción del material trabajado intentará echar “luz” a uno de los temas que en mi consideración personal me interesan por su carácter enigmático o poco frecuentado en la teoría psicoanalítica.

Como otras conceptualizaciones dentro del campo psicoanalítico no son ex nihilo, no surgen de una nada. Tendremos en cuenta el contexto de producción y su articulación con otras conceptualizaciones de importancia tanto para la teoría como para la práctica.

En los próximos capítulos se hará un recorrido por aquellos conceptos fundamentales con los que entra en articulación nuestro “objeto de estudio”: el deseo del analista. Para ello se recurre a la conceptualización dada en este seminario mediante la búsqueda de antecedentes con el objetivo de ubicarlos en el contexto técnico del psicoanálisis.

Consideramos que sobre el deseo del analista, ha sido “banalizado” o definido de manera difusa y ambigua: como deseo de saber, deseo de analizar, deseo de cuestionar. Versiones de una clínica posfreudiana a lo que Lacan se opone e introduce un concepto que marca un punto de retorno a Freud: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.” (Lacan 1958, p.586). Este fragmento extraído de *La dirección de la cura y los principios de su poder* es la primera mención del concepto. También Lacan hará una breve mención acerca del deseo del analista en los seminarios: *VI El Deseo y su interpretación* (1958-59) y *VII La Ética del Psicoanálisis* (1959- 1960), formulaciones anteriores a las desarrolladas en el *seminario VIII sobre La transferencia*.

Sin embargo en una lectura atenta en lo planteado por Lacan (1974) de que no hay un deseo de saber, más bien hay un horror a saber al agujero en el saber, nos alertan acerca de las definiciones que reducen el deseo del analista a un “deseo de saber”. Al respecto de este punto en la "Nota italiana" (1974), se señala que es necesario para un analista haber podido cernir, por su análisis, "la causa de su horror, del propio, el suyo, separado del de todos, horror de saber", para poder hacerse cargo del deseo de saber, que se liga al entusiasmo del Analista.

Es decir que según la concepción que se tenga del concepto “deseo del analista” arribaremos a diferencias en: cómo se entiende la dirección de la cura, transferencia y las intervenciones que se producirán en el dispositivo analítico. Esta será una de las hipótesis de trabajo a los fines de orientar la investigación y poder producir algunas conclusiones.

Abordaremos la cuestión del deseo del analista en relación a conceptos fundamentales como el de transferencia, demanda y deseo, asumiendo que las características de esta relación incidirán en la posición clínica del psicoanalista.

La noción “deseo del analista” ha merecido distintos usos y diferentes connotaciones que han confundido su uso y le ha quitado claridad en relación a su incidencia en la clínica.

El *seminario VIII La transferencia* será el eje central de la exploración y articulación conceptual. Si bien como tantos otros conceptos dentro del cuerpo teórico del Psicoanálisis no se desarrollan de manera clara y distinta.

Para referirme a la Transferencia, concepto que entra en articulación con la noción de deseo del analista, haré un recorrido por las conceptualizaciones que hace Freud en sus principales textos. También se tomarán los desarrollos de Lacan en los Escritos técnicos

freudianos para avanzar sobre la articulación de estos conceptos. En el *Seminario 11* Lacan señala que la transferencia para Freud es esencialmente resistente. Allí dice: “La transferencia es el medio por el cual se interrumpe la comunicación del inconsciente (...) Lejos de ser el momento de la transmisión de poderes al inconsciente, la transferencia es al contrario su cierre” (Lacan, 1964, p.136).

La transferencia y la interpretación son los elementos que definen el dispositivo analítico, sin embargo, el deseo del analista constituye un elemento anterior a la función de la clínica analítica y que conjuntamente con la transferencia habilitan un dispositivo que permite la interpretación.

Hasta el momento la Transferencia, sobre todo por los Posfreudianos, había sido articulada con el fenómeno de Contratransferencia. A partir de la introducción del Deseo del Analista como instrumento, medio y cumpliendo una función en el dispositivo modifica cuestiones de la técnica, teoría y ética del analista. Su incorporación no remite a una simple sustitución del concepto de Contratransferencia, del cual según plantea Lacan (1958) se ha dado un uso inadecuado, desarrollándose alrededor de este concepto una clínica con características particulares y la forma de entender el trabajo y la posición del Analista.

A partir de lo expuesto el objetivo principal de este trabajo es comprender como la noción del deseo del analista se relaciona con las nociones de Transferencia, Contratransferencia y dirección de la cura; y las implicancias en la clínica. Así que nos ocuparemos de hacer una delimitación del concepto en un momento preciso de la obra de Lacan, los modos posibles de comprensión en el periodo mencionado y sus articulaciones con otros conceptos de “peso”. También se intentará una reconstrucción de las nociones de demanda, deseo y pulsión en su vinculación a las articulaciones del deseo del analista con la transferencia.

El siguiente trabajo está organizado en cuatro capítulos que guardan relación entre sí y un apéndice donde se relevan diferentes conceptualizaciones de autores de importancia y contemporáneos del campo psicoanalítico. En el primer capítulo se tomará la primera parte del *seminario VIII* de Jaques Lacan dedicado a la transferencia para hacer una primera aproximación al concepto al deseo del analista e interrogar por qué el autor toma a los griegos para la introducir tal concepto. Haremos mención de las razones que justifican el ingreso a la teoría. En el mismo capítulo se abordará la transferencia, concepto fundamental que encuentra articulación con nuestro objeto de estudio. Por tal motivo tomaremos los principales textos de

Freud, lectura ineludible y fundamental para luego abordar la producción de Lacan. Sobre el final del capítulo haremos propiamente la introducción al abordaje sobre el deseo del analista.

En los capítulos II y III expondremos las conceptualizaciones de Lacan con respecto a la transferencia y contratransferencia. Y como estos conceptos entran en relación con el deseo del analista. También será objeto de estos capítulos: Pulsión, Demanda y Deseo en la experiencia analítica, a los fines establecer diferencias y articulaciones entre estos tres elementos para sobre el final del apartado establecer cuáles son las relaciones en el dispositivo analítico con el deseo del analista. Estos elementos de la teoría nos permitirán captar que es lo que sucede en la experiencia analítica y como se despliega en torno a la única herramienta con la que cuenta el analista: su deseo.

Planteamos fundamentalmente que el deseo del analista interviene en la economía del dispositivo analítico, y su conceptualización es para Lacan un punto importante para pensar la dirección de la cura y la posición del analista. Por tales motivos en el capítulo IV se realizará una articulación entre el concepto del cual es objeto este trabajo: el deseo del analista, y la dirección de la cura. El interrogante que guía este capítulo es: ¿Cómo incide el deseo del analista en la dirección de la cura? Es decir cómo se plantea la cura a partir de la introducción del concepto en la teoría psicoanalítica. Para esto tomaremos el texto “La dirección de la cura y los principios de su poder” (1958) y producciones solidarias a la dirección de la cura. Partimos de la hipótesis de que el deseo del analista reorganiza el campo de la transferencia y la contratransferencia, con esto la concepción de la experiencia analítica y por tal la concepción de dirección de la cura.

Hemos incorporado al cuerpo del trabajo un apéndice donde se desarrollan aquellas conceptualizaciones sobre el deseo del analista de autores contemporáneos de importancia en el campo psicoanalítico. Desarrollaremos los puntos centrales de dichos autores en relación a nuestro objeto de estudio.

Sobre el final de la presente tesis elaboraremos las conclusiones que se desprenden del recorrido realizado.

“Lo que el analista tiene para dar, contrariamente a la pareja del amor, es lo que la novia más bella del mundo no puede superar, a saber lo que tiene. Y lo que tiene no es más que su deseo, al igual que el analizado, haciendo la salvedad de que es un deseo advertido.” (Lacan, 1960, p. 358)

Capítulo. I. Aproximación al concepto: “Deseo del Analista”.

En el capítulo a continuación realizaremos una aproximación al concepto del que es objeto este trabajo: el deseo del analista. Siguiendo a Diana Rabinovich (2015) quien ubica el ingreso del concepto en la obra de Lacan en el seminario VIII *La Transferencia* (1960-1961).

La autora enfatiza en que el ingreso va más allá de un mero remplazo del concepto de contratransferencia, y que es un elemento fundamental para pensar la dirección cura. En tanto según la lectura que se tenga de este concepto, de orden instrumental en la técnica psicoanalítica, tendrá incidencias en la dirección del tratamiento y en la posición del analista. Esta articulación será tratada en el capítulo dedicado a la dirección de la cura y las implicancias del deseo del analista en la misma.

Moustapha Safouan (2015) también indica el arribo a la teoría Psicoanalítica del concepto en el seminario de la Transferencia, él afirma que la referencia que hace Lacan a la contratransferencia es una coartada respecto de lo que constituye el verdadero eje del análisis, a saber, el deseo del analista. Esto permite otra articulación de la demanda, de la transferencia y el deseo. Articulaciones que se desarrollarán en los siguientes capítulos.

Lacan introduce un concepto que marca un punto de retorno a Freud: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista” (Lacan 1958, p.586). Este fragmento extraído de *La dirección de la cura y los principios de su poder* es la primera mención del concepto.

Se pueden inferir algunas de las razones que justifican el arribo en la teoría en ese momento: 1) Marcar una diferencia con las teorías de la contratransferencia de la época. 2) superar las complicaciones en las que el Psicoanálisis se encontraba en afán de alcanzar la neutralidad. 3) Reafirmar el carácter subversivo de la concepción Freudiana del Deseo y su incidencia en la Ética del Psicoanálisis.

Lacan hace breves menciones acerca del deseo del analista en los seminarios VII *La Ética del Psicoanálisis* (1959- 1960) y VI *El Deseo y su interpretación* (1958-59), formulaciones anteriores a las desarrolladas en el seminario VIII sobre *La transferencia*, seminario en el que girará el presente trabajo. Pero es propio que este concepto entre en articulación con otros conceptos de la teoría en este último seminario.

Para abordar la introducción del concepto del deseo del analista se realizara un recorrido por los principales textos freudianos sobre la transferencia. Los comentarios que Lacan realiza y otros autores de relevancia en el campo del Psicoanálisis.

Además atenderemos a la pregunta que surge durante el recorrido de la primera parte del seminario VIII: ¿Porque Lacan toma como referencia a los griegos para hablar del amor?

Lacan en dialogo con los Griegos.

Para abordar la transferencia Lacan dedica un seminario *La Transferencia* (1960-1961), que consta de tres partes. En la primera se dedica al estudio del amor donde toma como referencia “El Banquete” de Platón. Es decir que para hablar del amor Lacan recurre a la Filosofía, a los Filósofos y en particular a Sócrates.

En dicha obra se suceden las alabanzas a Eros (el amor), y puede uno encontrarse en la lectura con la dificultad de que algo de todo lo que se dice del amor tenga algún sentido. Sócrates, quien dice no saber otra cosa más que del amor, señala que aún eso que sabe es porque otro se lo contó (Diótima).

Lacan destaca una escena crucial en la que hace la entrada de Alcibíades al banquete y la confesión pública del rechazo que Sócrates le profiere. Es esta escena la que el autor traducirá en términos analíticos, diciendo que la relación de Sócrates, Alcibíades y Agatón constituye una situación semejante a la que se sucede en un análisis.

¿Porque Lacan toma a los Griegos para hablar del amor, más precisamente del amor de transferencia?

Esto es uno de los interrogantes que surgen en la exploración del Seminario VIII. Nos permitimos una breve interrupción del concepto de deseo de analista para luego articularlo con la introducción de los griegos en el discurso de Lacan.

Cabe preguntarse por qué Lacan no toma otras disciplinas como la Antropología, la Literatura, el Arte o la Ciencia de la época para hablar del Amor. Al respecto, Jean Claude Milner en *La Obra Clara (1996)* propone una aproximación para responder a esta pregunta. Establece que la referencia a los griegos tiene el sentido de ir en contra del cientificismo; lugar que el mismo Freud se prohibió.

En Freud encontramos las referencias a los mitos de las tragedias griegas como fuente argumentativa ya sea para confirmar o ilustrar construcciones teóricas. Este recurso, ante las limitaciones de la ciencia de la época, ayuda a comprender y a hacer aprehensible una porción de la realidad. Lacan, a diferencia de Freud, no teoriza desde un ideal de ciencia o ciencia ideal. (Milner 1996)

En Lacan esta referencia es a los filósofos y en especial a Sócrates. En la clase "De Episteme a Mytos" del Seminario VIII, dice: "En ausencia de conquistas experimentales avanzadas, está claro que en muchos dominios- y en dominios en los que nosotros, por nuestra parte, no lo necesitamos- será urgente dar la palabra al mito" (Lacan: 1960-1961. p.142).

El psicoanálisis de la época, en especial la escuela inglesa, se encontraba ligada al ideal cientificista. Las búsquedas de la neutralidad y la comprobación ligadas a la experimentación son los estandartes de dicha escuela.

Lacan habla de las ausencias de conquistas experimentales avanzadas para referirse a la ciencia ideal que quiere alcanzar el psicoanálisis del momento. Dar la palabra al mito implica hablar de Platón. Al respecto Milner (1996) dice:

(...) Lacan tenía que disolver primero la pertenencia falsa y estrictamente imitativa que el psicoanálisis de lengua inglesa, lejos de las tierras natales, había terminado construyendo. Para este fin sólo la filosofía podía servir, porque sólo ella se presentaba, en el orden de la sistematicidad y la demostración, como Otra que la ciencia. (p.156)

Según lo expuesto, nos advierte que para Lacan la lectura de los griegos plantea la búsqueda de una ética en el lugar de la técnica. Cuestión que nos llevaría demasiado lejos del desarrollo del presente trabajo.

Nos hemos interrogado sobre el fenómeno de la transferencia a partir de pensar que la búsqueda de una ética en el psicoanálisis responde a los problemas por el manejo del fenómeno. Entre el problema de la ética y la clínica se abre la pregunta sobre el deseo del analista.

La transferencia en Freud.

En el texto *Sobre la dinámica de la transferencia* (1912) Freud va a trabajar las condiciones en las que se produce este fenómeno y el lugar que en la cura analítica.

Freud nos advierte que otros autores ya habían hablado de la transferencia. La idea de "dinámica" nos hace pensar en dos cuestiones: las condiciones de su producción y el manejo de la misma en la dirección del tratamiento.

Con respecto a las condiciones de producción Freud (1912) dice:

Aclarémonos esto: todo ser humano, por efecto conjugado de sus disposiciones innatas y de los influjos que recibe en su infancia, adquiere una especificidad determinada para el ejercicio de su vida amorosa, o sea, para las condiciones de amor que establecerá y las pulsiones que satisfará, así como para las metas que habrá de fijarse. (p. 97)

Nos interesa resaltar de lo citado es el punto que refiere a las "condiciones de amor". Freud muestra que el fundamento de la transferencia es independiente de lo que sucede en un análisis, es decir de la cura, estableciéndolo como fenómeno de orden general e inherente a la condición humana.

La transferencia no es un fenómeno que tenga sus fundamentos; es decir que sea provocada por el dispositivo analítico exclusivamente. Sino que los fundamentos están en el

Amor. ¿Qué Amor está en juego en la transferencia con el analista? Freud dirá un clisé, uno que se repite, que ha alcanzado cierta trayectoria en la vida del sujeto.

Un aspecto de la transferencia es su carácter de repetición. Esta última, se anuda, al menos en este texto, a la insatisfacción que es la que será volcada en la figura del analista. El analista se inscribe así en una serie que el paciente ya ha formado anteriormente.

Los factores que le otorgan un carácter particular al amor de transferencia, sean éstos productos del azar o de la determinación, dependen de lo que el sujeto despliega en ella. Lacan dirá: "... modos permanentes según los cuales constituye sus objetos" (Lacan, 1958, p. 219).

En relación al segundo sentido que adquiere la "dinámica" de la transferencia, Freud aborda las dificultades que le deparan al analista en el manejo de la misma; sobre todo en lo referido al amor. Allí señala que no todo es "color de rosas" durante la cura.

El amor hacia la figura del analista, pivote del éxito terapéutico, es también fuente de fuertes resistencias. Se produce un detenimiento de las asociaciones del paciente, el cual siguiendo a Freud, encubre las ocurrencias respecto a la figura del analista o algo que le pertenece al él.

El psicoanálisis a diferencia de otras disciplinas se encargó de pensar sobre estos fenómenos. Freud comenta que en otras instituciones con enfermos nerviosos que no trabajan con la técnica analítica también se dan los fenómenos de transferencia, y que estos no son menos intensos que los que se dan con el analista. Y agrega, que las características de este amor "particular" no son a causa del dispositivo psicoanalítico sino de los Neuróticos.

Ahora bien, ¿a qué se resiste el paciente? En principio habría que aclarar que no se trata de un acto de voluntad y que la resistencia como la transferencia no está al alcance de un acto voluntario del paciente.

Freud menciona que esta resistencia es al trabajo del análisis. Lo cual implica que las resistencias son al analista, a la regla fundamental que él enuncia: asocie libremente, diga lo que se le venga a la mente por más insignificante que le parezca (Freud, 1912)

Esto indica dos fuentes que actúan conjuntamente en la resistencia: la primera por introversión de la libido hacia lo inconciente, debido a la frustración de la satisfacción por

parte del mundo “exterior”. La libido vía camino de la regresión ocupa lugares donde antes fue satisfecha.

El trabajo del analista con respecto a esta fuente sería la de volver a poner al servicio de la “realidad objetiva” estos montos de libido. Las mismas fuerzas que causan la regresión constituyen fuente de resistencia para al trabajo.

La otra fuente que parece tener más fuerza señala Freud: ... “hartas veces hace subsistir la enfermedad aunque el extrañamiento respecto de la realidad haya vuelto a perder su temporario fundamento” (Freud, 1912, p.101). Esta fuente es de orden constitucional del aparato y no responde a la insatisfacción que puede deparar el mundo exterior y su consecuente introversión libidinal, sino que aquello reprimido primordial ejerce cierta atracción sobre la libido y que será trabajo del análisis la cancelación de la represión.

Ambas fuentes de resistencia son las que debe enfrentar un análisis y para Freud la resistencia indica también el lugar de la transferencia. Así, el amor que recae sobre la figura del analista es también el obstáculo para la confesión de las mociones de deseos prohibidos. Freud contradice esto último al plantear que un vínculo tierno puede remover el obstáculo y servir a la confesión.

Esta contradicción lleva a Freud a plantear dos tipos de transferencias: una de sentimientos hostiles (negativa) y otra transferencia de sentimientos tiernos (positiva). La positiva a su vez se descompone en sentimientos tiernos susceptibles de consciencia, y sus persecuciones en lo inconsciente. Estos últimos se remontan a fuentes eróticas.

Freud advierte que la transferencia resulta apropiada en tanto resistencia dentro de la cura cuando es de tipo negativa o positiva de carácter erótica. El tratamiento analítico consistiría entonces en ir venciendo las resistencias que obturan el acceso al material mnémico que el paciente ha olvidado y que actualiza en el amor a la figura del analista.

Entender la resistencia de esta manera, permite destacar la importancia de la asociación libre; ya que es a partir de su detención que da cuenta del fenómeno de la transferencia y ubica tales interrupciones en una lógica que responde a un sentido. Es decir que cuando algo del material que emerge puede vincularse con la persona del analista, se produce la detención de las asociaciones.

Sirviéndonos del texto *Recordar, repetir, reelaborar* (1911), consideramos que en este punto es importante advertir un cambio en lo que respecta a la posición del analista, teniendo en cuenta lo expuesto por Freud hay una nueva división del trabajo, en tanto que el analista pone al descubierto las resistencias que al enfermo le son desconocidas, permitiendo que puedan aflorar en él los nexos olvidados.

El análisis no se tratará del arte de interpretación, sino de instar al enfermo a corroborar una construcción mediante el recuerdo. De allí la importancia de la repetición tanto en la acción como en el decir. Esto es, aun diciendo siempre lo mismo, en la repetición emerge algo de orden diferente.

En dicho texto Freud (1911) plantea:

El olvido experimenta otra restricción al apreciarse los recuerdos encubridores, de tan universal presencia. (...) En estos no se conserva sólo algo esencial de la vida infantil, sino en verdad todo lo esencial. Sólo hace falta saber desarrollarlo desde ellos por medio del análisis (p. 150)

En la *Conferencia 27°*, plantea que la transferencia está en el paciente desde el comienzo del tratamiento, y que “(...) durante un tiempo constituye el más poderoso resorte impulsor del trabajo” (Freud, 1916, p.402). Lo que puede describirse de la siguiente manera: el amor de transferencia motoriza la cura.

Advierte esto a partir de la observación de que los pacientes muestran un interés particular por la persona del médico, prevaleciendo todo lo que tiene que ver con el analista por sobre sus propios asuntos.

Respecto al manejo de la transferencia en la dirección del tratamiento Freud refiere que el paciente en lugar de recordar como la cura lo desea, actúa (agieren) sus pasiones sin atender a la situación objetiva. Esta es una actualización de las viejas pasiones. En el lugar de la palabra, podemos decir, adviene una actuación por parte del paciente.

Es arriesgado decir que en el lugar de la verdad el sujeto produce un acto, porque el hecho de lo decible o indecible aún resta saber si es del orden de algo que está y no se dice, y entonces como en el sueño logra sortear la represión por un disfraz; o si el mismo disfraz ya

es una producción de verdad que la transferencia permite que lo indecible, carente de representación homologable al ombligo del sueño, obtenga una escritura en el amor de transferencia. Dejaremos abierto el interrogante dado que excede a los fines de este trabajo.

Podría decirse que el sujeto ignora, en el registro del saber, lo que demanda y esta ignorancia se constituye en el núcleo de lo indecible y productora de discurso.

En *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (1915) Freud dirá que aquel que sea un principiante como analista aprenderá que las ocurrencias que tomará seriamente son las relativas al manejo de la Transferencia: las relativas al amor.

Freud cuenta un caso en el que la paciente declara el amor al analista. ¿Cómo debe proceder el analista ante esta declaración? Estamos en los textos técnicos de Freud en los cuales hay una preocupación por la teorización pero además por la clínica. Y la clínica es cosa seria, aunque abunde lo penoso y también lo cómico.

Lo que puede suceder a partir de esta declaración, expone Freud, es que termine en una relación legítima y permanente, o que paciente y analista abandonen el tratamiento: abandonando la cura.

Siendo esta última la más común y la que tiende a repetirse. Esto aporta al analista un esclarecimiento: que el amor no debe atribuirse a sus propios “encantos” sino a la situación analítica.

No es una situación buscada por el analista ni debe buscarse como algunos analistas, comenta Freud: “...exhortan a enamorarse del médico sólo para que el análisis marche adelante” (Freud 1915, p. 165).

La demanda de amor es algo que presenta ciertas soldaduras con la resistencia, ya que luego de que la enamorada pierde el interés por el tratamiento solo quiere oír acerca de su amor. Un amor que hace olvidar los síntomas hasta incluso declararse sana.

Freud señala que una vez que el amor estorbe la prosecución de la cura será tomado en su faz de resistencia. En este amor tan particular, el de transferencia, la autoridad del analista es rebajado a la condición de amado. Esta demanda de amor asegura una prueba para el analista; o bien el analizante busca una prueba de amor. El autor se pregunta cómo debería

comportarse el analista para no fracasar en tales situaciones. Frente a esto es taxativo: ni se deberá responder a la demanda, pero tampoco rechazarla.

En este punto, nos exhorta a que la dirección de la cura deba realizarse en abstinencia. El sentido de ésta lo expresa desde el principio: “hay que dejar subsistir en el enfermo necesidad y añoranza como unas fuerzas pulsionantes del trabajo y la alteración, y guardarse de apaciguarlas mediante subrogados” (Freud 1915, p. 168).

Dejar que estas fuerzas subsistan por ser el motor de la cura, y considerar que el analista puede responder a ciertos pedidos que el paciente haga.

En el párrafo citado nos encontramos con dos elementos para pensar la Transferencia. Por un lado las fuerzas pulsionantes: la pulsión; y por el otro lo referido a la demanda. Estos elementos están aunados en el inicio del tratamiento en la transferencia.

Hay claras intenciones de Freud de separar y diferenciar la práctica analítica de las prácticas moralizantes. Nos presenta una dimensión que distingue al análisis por su carácter Ético, y no moral. Esto es lo específico del tratamiento analítico, mantener la transferencia, no corresponderla y aguardar que los síntomas se organicen en su interior, y así, a través de ella producir las interpretaciones que conlleven a disolverla.

Ahí donde la técnica no ofrece respuestas univocas, porque cada paciente se presenta de una manera particular y única en su amor transferencial, la moral no disuelve el problema de la transferencia. De esta manera, considera desatinado la práctica de aquellos médicos que suelen preparar a sus pacientes para la transferencia o fuerzan la misma.

A las ya comentadas tres opciones iniciales que parecían agotar las posibles combinaciones, marcan también una posición del analista: que ambos contraigan una relación legítima y duradera; separarse y abandonar la tarea emprendida; o mantener relaciones ilegítimas y pasajeras.

Cuando la situación es la separación entre el analista y su paciente, ésta reiterará tal circunstancia ante cada situación semejante nos advierte Freud. Hay allí una referencia a la repetición que la transferencia supone.

Por lo tanto, ese amor de transferencia que no siguió el camino de un análisis sino que fue rechazado por la vía de la interrupción deja al sujeto en la cadena incesante de repeticiones.

Pero no podremos concluir que la Transferencia es “pura” repetición, más bien se establece algo del orden de la construcción. Al respecto Lacan en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* (1964) dice:

Uno oye decir, por ejemplo, cosa de todos los días, que la transferencia es una repetición. No digo que sea falso, y que no haya repetición en la transferencia. No digo que Freud no se haya acercado a la repetición a propósito de la experiencia de la transferencia. Digo que el concepto -de repetición nada tiene que ver con el de transferencia. (p. 41)

De esta manera Lacan marca una diferencia entre la noción teórica de Transferencia de aquella que se produce en la práctica analítica. Tomaremos este camino que indica Lacan para pensar la transferencia en su faz de resistencia al tratamiento, y no como una mera repetición.

Podemos ubicar por un lado el fenómeno de la transferencia, como aquel fenómeno que Freud se encontró en su práctica y que suscitó varios textos. Fenómeno que produjo horror en su colega Breuer al tratar con Anna O y que a Freud lo llevó a producir desde *Estudios sobre la histeria* (1893 -1895), hasta en sus últimas elaboraciones como en *Análisis terminable e interminable* de 1937. Y por el otro el fenómeno de la Repetición.

Atendiendo a la primera división que encontramos en relación al fenómeno de la transferencia donde Freud se pregunta por el carácter constitucional del fenómeno, es decir cuáles son las fuentes de este amor de transferencia, y podemos deducir la cuestión pulsional en respuesta a la pregunta sobre la fuente.

La segunda cuestión que referimos a la “dinámica” al comienzo del presente capítulo es al manejo del fenómeno de la transferencia, donde el elemento que permite cierta organización del campo transferencial es la preocupación por la demanda. En vista de cómo atender a los requerimientos de ese amor a partir de la técnica psicoanalítica.

Así encontraremos del lado de la transferencia: el amor, la demanda, las resistencias, el desplazamiento y la metonimia del deseo. Mientras que del lado de la Repetición ubicaremos: la pulsión, sus fijaciones y el retorno al mismo lugar.

El deseo del analista. Introducción al concepto.

El concepto deseo del analista es una formulación de Lacan. Como se mencionó al principio del capítulo, es a partir del seminario VIII “La transferencia” que el concepto hace su ingreso en la teoría Psicoanalítica. Diana Rabinovich (2015) comenta que la formulación de tal concepto no responde meramente a una sustitución de otro concepto como el de “contratransferencia”. De este último buena parte del campo Psicoanalítico del momento había edificado una forma de pensar la clínica y la teoría freudiana.

Víctor Iunger (2011) refiere que el fenómeno de la contratransferencia fue entendido por los Psicoanalistas “posfreudianos” como una “respuesta total” del analista al analizante, como interpretación, sentimientos o comportamientos que despertara la transferencia en el analista y que conllevara a un acto de parte de este. La introducción del concepto deseo del analista va más allá de la sustitución del fenómeno de la contratransferencia.

Lo que permite esta nueva conceptualización es ubicar el deseo del psicoanalista como un instrumento que permite operaciones dentro del análisis y que convoca a una ética del dispositivo analítico con marcas que diferencia a la práctica clínica psicoanalítica de otras disciplinas.

Es decir en otras disciplinas como pueden ser la Física o la Medicina poco importa el papel que juega el deseo del médico o del físico en sus labores. En el dispositivo analítico la pregunta sobre el deseo del analista hace no solo a la práctica, sino también a la formación del analista.

No se abordará en este trabajo la formación del analista, ya que merecería un trabajo que excede los objetivos de la presente tesis. Se trabajara el concepto deseo del analista y no el deseo de analista: aquello por lo cual cada sujeto- uno a uno- deviene analista, lo que entraríamos en el campo óptico del concepto.

Lacan toma la figura de Sócrates para enlazar al concepto deseo del analista. En la clase VII “La Atopía de Eros” del *seminario VIII* comenta la complejidad de la cuestión de la transferencia y como no es posible reducirla a lo que sucede en el analizante. De esta manera el deseo del analista esta articulado a lo que sucede en el amor de transferencia, y Sócrates ilustra este camino para Lacan. Más allá de elogiar a Sócrates, en este seminario, se intenta

dar cuenta lo común entre Freud y Sócrates. Y lo común, en principio, es la introducción del deseo en posición de objeto.

Lacan en el seminario 11 (1964) dice:

Hay toda una temática que tiene que ver con el status del sujeto, cuando Sócrates postula no saber nada aparte de lo que toca al deseo. Sócrates no coloca al deseo en posición de subjetividad original, sino en posición de objeto. Pues bien. También en Freud se trata del deseo como objeto... (Lacan: 1964, p. 21)

De forma que ser deseado por el Otro es el objeto mismo del deseo, con lo cual esto desplaza el acento del objeto amado al sujeto amante. Si lo deseable es ser deseado, si lo que quiero del otro no es el ser del otro, sino su deseo como objeto en sí.

En la clase “Al principio era el amor” del *seminario VIII*, Lacan comenta que en el dispositivo analítico la posición del amante resulta aún más paradójica que en la sociedad misma, y el hecho de aislarse con otro para “enseñarle” lo que falta supone una relación diferente del sujeto con el agujero en el Otro, el Otro como deseante. Lacan toma esto de Hegel, que piensa que el deseo humano no recae sobre objetos de orden natural, su objeto es el deseo tomado como objeto, otro deseo.

Para poder pensar esta lógica donde las categorías del ser y tener quedan desplazadas, en el lugar del amor está el deseo y en el de la belleza la verdad. Esto vamos a desarrollarlo en posteriores capítulos más detalladamente.

Considerando que es la posición de Lacan en relación a la Transferencia, lugar desde donde se esgrimen las críticas a los psicoanalistas “posfreudianos” y la lectura que estos hacen de la técnica freudiana. Tanto de la transferencia como de la contratransferencia.

En Freud, comenta Serge Cottet (S. Cottet: 1984, p. 11- 13), no encontramos el desarrollo del concepto deseo del analista, pero si podemos hacer equivaler a este concepto a una serie de problemas agrupados referentes a: los ideales del analista, la idea de fin de análisis y el manejo de la transferencia. Esta serie de problemas hacen legibles cierta equivalencia entre el concepto del que es objeto este trabajo y los interrogantes que plantean los escritos técnicos de Freud.

Avanzando en la conceptualización del deseo del analista Diana Rabinovich (2015) dice que el analista debe ofrecer un lugar vacío, vaciar el lugar que ocupa su propio deseo como sujeto del inconciente. En este vacío es donde podrá alojarse el deseo del paciente como deseo de su Otro. No se trata de que el analista se presente como sujeto barrado, más bien que deje un vacío en el lugar del deseo del Otro. Instalando en el dispositivo aquello que no funciona, en el paciente, que es su propio deseo.

Este vacío que el analista deja para que se instale algo del orden del deseo va a marcar la posición en la que el analista debe operar. Aparece en este lugar el deseo del analista como causa del deseo del Otro.

Es decir que el deseo del analista se ubica en el lugar de la causa, y es lo que permite el surgimiento del objeto a. El analizante no accede al amor o a un ideal por medio de ese vacío que ofrece el analista, a lo que accede es a un objeto. Es por el amor que encuentra la vía de recortar ese objeto que es causa del deseo.

Establecemos dos cosas importantes a diferenciar, el analista debe vaciar el lugar de su deseo subjetivo y de sus ideales. Este objeto tiene las características del objeto parcial Freudiano, a priori puede ser cualquier objeto. Estos objetos carecen de una medida común, es decir que valen según cada sujeto. No estamos en el nivel del falo, único objeto conmensurable en la estructura del sujeto. A priori no podrá establecerse sin la particularidad de cada analizante (Rabinovich 2015)

Así el deseo del analista como concepto aparece en un momento particular en la obra de Jaques Lacan, donde la crítica apunta a desburocratizar el dispositivo analítico e intentar un retorno a Freud.

Si los “posfreudianos” buscaban en el ideal de ciencia la neutralidad y ofrecer un dispositivo objetivo y eficaz, el deseo del analista como concepto implica una ruptura con un saber “aplicable” de modo estandarizado. Es decir un saber acerca de lo que carece una medida común: el deseo, el objeto y la causa. Saber general que nada podrá decir de cada caso en particular sin antes escuchar.

Diana Rabinovich (2015) al respecto en el capítulo “el deseo del analista y la ironía socrática” dice que la aceptación de la ausencia de común medida entre los objetos del deseo pone en juego el duelo del lado del analista. “El duelo articulado con el concepto de privación,

es correlativo de un agujero en lo real, es, por ende, agujero, falta, falla, en lo real” (Rabinovich, 2015, p. 19).

Podremos decir que se puede establecer una diferencia entre la verdad para el discurso científico y la verdad subjetiva. La verdad de cada sujeto resulta así una contingencia: ni necesaria, ni imposible. Este tema lo iremos desarrollando en el transcurrir de los capítulos, profundizando lo necesario para poder destacar el valor de la verdad como una contingencia y como se relaciona con el deseo del analista.

Dijimos que la vía de acceso al objeto que causa el deseo es la vía del amor, y en el dispositivo analítico el amor es amor de transferencia. En la transferencia habíamos destacado a partir de los textos de Freud su fuente: lo pulsional; y el manejo del fenómeno en la experiencia analítica: la demanda. Estos dos elementos se aúnan en el fenómeno transferencial.

Pulsión y demanda quedan aunados en la transferencia. Vimos que la preocupación de Freud por el fenómeno atraviesa toda la obra y no hay una respuesta que contenga todo lo que se debe saber y hacer en torno a la transferencia. Que suscito en sus discípulos y seguidores la más avanzada creatividad para responder de un golpe a tal fenómeno. Desde la “técnica del beso” (como la llamo Freud) en Sándor Ferenczi y ganar así el amor de sus pacientes, hasta los más cercanos de David Liberman en el Psicoanálisis Rio Platense en su propuesta de marcos estáticos que no alteraren el fenómeno.

Habíamos caracterizado el deseo del analista como lugar vacío que aloja el deseo del paciente. Lo cual representa una X, una incógnita, una ecuación que el analizante deberá “resolver” en tanto es la pregunta sobre el deseo, de él, del Otro: ¿Que me quiere? La otra dimensión del deseo del analista a la que Lacan refiere en el seminario XI “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis” donde en la clase XX “En ti más que Tu” postula el deseo del analista es un deseo Impuro en tanto da cuenta de la máxima diferencia entre el Ideal y el Objeto.

Es el Deseo de obtener la diferencia absoluta, la que interviene cuando el Sujeto confrontado a la falta, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Lo que resulta del deseo del analista como una operación de separación o diferencia absoluta entre el Ideal y el objeto; el significante y el goce; el significante y el Otro.

Podremos ubicar varios pares que han de ser diferenciados a partir que opera el deseo del analista, pero lo importante es remarcar el carácter de diferenciación absoluta del deseo del analista en su función de corte tal como Lacan lo formuló.

En relación a esta diferencia Lacan en el seminario XI, en la clase antes citada dice que esta diferencia se produce a partir de un desencuentro “Dystychia”, donde el desencuentro es lo que provoca la diferencia. Esta diferencia o desencuentro es tanto del psicoanálisis con la religión como con la ciencia, y luego la diferencia con la que el analista opera en su función: el deseo del analista.

Esta operación de diferenciación permite un pasaje de un objeto que está en el centro de la demanda del Otro en el fenómeno transferencial a un objeto que se ubica en la causa del deseo del sujeto.

Trabajaremos estas dos dimensiones del concepto deseo del analista, la que ubica el deseo como una incógnita que permitirá hacer un vacío para alojar el deseo del paciente y, la dimensión en la que se produce una operación de máxima diferenciación o diferenciación absoluta en su función de corte. Ambas dimensiones del concepto serán articuladas en los próximos capítulos al amor de transferencia.

Lacan en su texto “La dirección de la cura y los principios de su poder” esgrime fuertes críticas a los analistas de la IPA que a partir de la lectura que realizaron de los escritos técnicos de Freud, especialmente los referidos a la Transferencia y Contrtransferencia se despliega toda una clínica que encamina la cura a provocar los máximos reforzamientos del Yo, a pensar el dispositivo analítico como una situación “dual” y neutral.

Lacan se opone fuertemente a este dogma que supone el posicionamiento del analista desde un lugar de “saber” ordenado por los ideales de la ciencia: la estandarización, la burocratización y la asepsia.

Hablando de los Analistas del momento dice en relación a la contrtransferencia y las intervenciones que la lectura del fenómeno propiciaba:

...el efecto de las pasiones del analista: su temor que no es del error, sino su ignorancia, su gusto que no es de satisfacer, sino de no decepcionar, su necesidad que no es de gobernar, sino de estar por encima. No se trata en modo alguno de la contrtransferencia en tal o cual; se trata de las

consecuencias de la relación dual, si el terapeuta no la supera, y ¿Cómo la superaría si hace de ella el ideal de su acción? (Lacan: 1958, p. 569).

Cuando nos preguntamos por la razón que Lacan toma a Platón para hablar del amor y deja a un costado la ciencia, dijimos que es entorno a una relación particular que establece el sujeto con un Objeto. Que esta relación queda establecida porque el deseo es un objeto en sí, como deseo de un deseo.

Es lo subversivo en Freud desde donde retorna Lacan y vierte las críticas a los psicoanalistas de la época. Ahora bien, si la ciencia teme al error, a que el científico influya en el objeto de su investigación, Lacan retoma la idea de Platón de ciencia en la cual sujeto y objeto establecen una relación recíproca, es decir sin la cual ninguno de los dos existirían.

De esta manera la relación que se establece en un análisis implica tres y no una relación dual como suponen el campo Psicoanalítico del momento.

No nos extenderemos en las críticas a los analistas de la I.P.A de los años 60, será solo la puerta de ingreso para articular el deseo del analista con los fenómenos de la transferencia y contratransferencia en los capítulos que se desarrollan a continuación. Y las implicancias que tiene el deseo del analista, en tanto instrumento central en la dirección de la cura y la práctica analítica.

En el siguiente Capítulo se analizarán las características de la Transferencia y Contratransferencia a partir del seminario VIII, en articulación con el concepto deseo del analista.

Capítulo. II. “Transferencia y Contratransferencia”

En el presente capítulo se analizarán las características de la Transferencia y Contratransferencia a partir del *seminario VIII*, en articulación con el concepto deseo del analista. Nos recuerda Safouan en *Lacanian I* (2015); que en la época en que Lacan dictaba el seminario, era muy común comparar al analista con un espejo sin marcas sobre el cual el paciente proyectaba sus fantasmas en el tiempo de asociaciones libres.

El analista debía señalar esos fantasmas y luego en un segundo tiempo “razonar” con el paciente sobre lo subjetivo que revelaban esas asociaciones. En tanto esos fantasmas señalados interferían con la realidad.

Esta concepción del análisis fue menguando a partir del *seminario VI El deseo y su interpretación* y termina de caer tal concepción a partir del *seminario VIII La transferencia* donde ingresa el concepto deseo del analista.

El deseo del analista reorganiza el campo de la transferencia y la contratransferencia, con esto la concepción de la experiencia analítica como en la dirección de la cura.

A continuación se analizarán los conceptos de transferencia y contratransferencia a partir del *Seminario VIII*, en articulación con el deseo del analista. Se pensarán en este capítulo las modificaciones que este concepto produce en la concepción de la experiencia analítica, tanto como en la dirección de la cura. Hasta ese momento la transferencia era pensada como un fenómeno dual, exclusivamente en el plano de la intersubjetividad, de un otro a otro.

En relación al saber, la situación analítica era descrita desde una asimetría más o menos explícita entre el paciente y el analista. Lacan sitúa la transferencia en el corazón de la experiencia analítica, pero anuncia que se deberá hacer una topología adecuada para rectificar del uso que se hace del concepto.

Anuncia en las primeras páginas del seminario que la situación analítica es una falsa situación. De lo que se trata en la experiencia analítica no es de una relación de Yo a Yo. En tanto que la relación imaginaria se sostiene por la prevalencia simbólica al Otro del lenguaje,

el analista vendrá a ocupar este lugar. Este Otro que en el fenómeno de transferencia puede engendrar un amor, no es solo aquel con el que se repetirá algo del pasado del sujeto, sino que habrá una actualización de la que se desprende un acto: la interpretación.

Otro de los puntos de crítica sobre cómo se entiende la experiencia analítica y fundamentalmente la transferencia lo encontramos en el *seminario VII La Ética*. En la primera clase, Lacan explicita los ideales que han dado sustento a la dirección de aquellos tratamientos, basados en lo que “debe ser”. Lacan esgrime sus críticas a los tratamientos basados en la identificación a los ideales del analista, porque vinculan la experiencia analítica con su burocratización y estandarización, en base a ciertas “metas” a las que el análisis debería estar a su servicio.

La primera de ellas es el de amor humano o ideal de amor genital. Este tipo de amor pretende, por sí solo, modelar una relación satisfactoria con los objetos. Está vinculado este ideal con lo que el autor llama amor médico y con sus derivados como amor al prójimo o los ideales de “salud mental”. Y encuentra su punto más acabado en el amor genital, tomado como modelo a alcanzar en la cura.

Lacan en el *Seminario VIII* pondrá el acento nuevamente en el “amor” y no meramente en la repetición. Habría, en el fenómeno de transferencia una reproducción como acto creador, una construcción que depara nuevas vías para dirigir la cura y pesar la experiencia analítica. El amor en la teoría de Lacan, a diferencia de Freud no es mera repetición de aquellas posiciones alcanzadas en la infancia que luego han de repetirse en la vida del sujeto.

La Transferencia en Lacan. El amor y la repetición.

Estas dos dimensiones señaladas en el título corresponden al fenómeno de la transferencia. Podrían haber sido enfrentadas en el título y decir: el amor vs la repetición, no ganaríamos más que un poco de claridad -que no es poco- y al menos marcar una diferencia entre ambas dimensiones de la transferencia.

La dimensión del amor y la de la repetición en el fenómeno de la transferencia, junto a la contranferencia, serán objeto de investigación de este capítulo.

Freud en el texto *Dinámica de la transferencia* (1912), texto que trabajamos en el primer capítulo, se sirve de las series complementarias para describir la transferencia como repetición de un clisé de la relación del sujeto con los objetos. Define que en el ser humano, el resultado de la conjunción de las disposiciones innatas y los influjos que recibe durante la infancia, adquiere un modo específico para el ejercicio de su vida amorosa.

Este “modo específico” lo traduce en términos de un clisé que se repite de manera regular durante la vida y también en el tratamiento analítico. En sus escritos Lacan lo describe diciendo: “... modos permanentes según los cuales constituye sus objetos”. (Lacan: 1958, p. 219). Hasta aquí, no habría ningún amor que no repita el modelo que se sigue de la infancia. Así la repetición toma un papel central, tanto para explicar las fuentes o fundamentos del fenómeno, como el manejo que debe hacerse en la dirección del tratamiento.

En relación a la pregunta por lo genuino de este amor particular que se despliega en el dispositivo Freud comienza por la negativa para responder. En contra de lo genuino de este amor encuentra dos argumentos: que en un enamoramiento real y efectivo, las pacientes se volverían dóciles y con ello aumentarían su voluntad para resolver los conflictos, aunque más no sea porque el amado se lo demanda.

Contrariamente a lo esperado, esto no sucede. Lo que la experiencia demuestra es que se vuelven indóciles y pierden el interés tanto por el tratamiento como por las convicciones del analista. Este enamoramiento provoca, entonces, resistencias en la facilitación de la cura.

El segundo de los argumentos para negar lo genuino de este amor resulta débil con respecto al primero. Consiste en concebir al amor de transferencia como una reedición de reacciones infantiles, una repetición de los modelos infantiles. No obstante, resulta un argumento débil porque todo enamoramiento tiene ese carácter esencial de repetir modelos infantiles.

En favor de lo genuino del amor Freud concluye: “...no hay ningún derecho a negar el carácter de amor genuino al enamoramiento que sobreviene dentro del tratamiento analítico.” (Freud, 1914, p. 171) La apariencia poco normal se explica por el hecho de que todo enamoramiento se asemeja más a fenómenos anormales que normales.

Así, el amor en transferencia posee los siguientes rasgos: es revelado por la situación analítica, carente de miramiento por la realidad y es empujado hacia arriba por la resistencia.

En Lacan los fundamentos de este amor no son buscados vía la pregunta por lo “genuino”. Los fundamentos o resortes del amor deben buscarse por otra vía. Lo genuino remite a que tan verdadero, o en cuanto se aproxima a un amor verdadero, este amor en la transferencia.

Lacan en el *seminario VIII* comenta que va a tratar la transferencia desde su disparidad subjetiva donde hay una presunta o falsa situación y sus excursiones técnicas. Esta disparidad subjetiva anticipa a lo enunciado en *seminario XI*: “Freud formula expresamente que de ninguna manera puede considerarse el amor como representante de lo que él mismo interroga con el término *die ganze Sexualstrebung...*” (Lacan: 1964, p. 182). Que se traduce en “no hay relación sexual” y que pone en discusión que entre el amante y el amado, el *erastés* y *erómenos*, se inscriba relación sexual alguna en términos de complementariedad.

En relación a la transferencia tal enunciación se revela contra la idea de intersubjetividad en el dispositivo analítico y lo esencialmente impar que el fenómeno tiene. El dispositivo ya no es entendido como lo que sucede entre dos sujetos, sino lo que sucede entre un sujeto y un objeto (agalmático).

Lacan lo describe con mucha precisión en el *seminario VIII* comentando la escena crucial de “*El Banquete*”:

Pues bien, en cuanto se trata de hacer intervenir al otro, este experto director de escena ya no puede hacer que haya sólo uno- hay dos otros. Dicho de otra manera, como mínimo son tres. A Sócrates no se le escapa este hecho notable en su respuesta a Alcibíades, cuando, tras esa extraordinaria confesión, esa confesión pública, esa salida a medio camino entre la declaración de amor y casi, uno diría, la difamación de Sócrates, éste responde - No es para mí para quien has hablado, sino para Agatón. (Lacan, 1961, p. 162)

Introduce la función de un objeto, de un tercero, que vas más allá de la disimetría entre los sujetos. Nos ubica de esta manera en el problema del amor. Hay discordancia de ambas posiciones, entre la posición del amante y la del amado, que se vinculan a lo que la supuesta pareja ignora: el primero no sabe lo que le falta y el segundo no sabe lo que tiene.

Entre ambos no hay ninguna coincidencia y en ello reside el problema del amor. Se dibuja un elemento tercero, el no-saber que supone entonces un más allá de la especularidad o

lo recíproco, que los analistas de la IPA de los años 60 suponían. Ambas posiciones pueden extrapolarse a la pareja analizante- analista, basada en “un principio de suposición” por parte de quien consulta, que demanda un saber sobre sus síntomas que desconoce, y que pone al analista en posición de poder cubrir su demanda.

Si Lacan toma a Sócrates para hablar del amor es porque este remite toda verdad al dominio del discurso, de lo que se desprende que el amor es del orden del discurso. No hay un discurso del discurso, como tampoco hay un Otro del Otro.

Lacan al respecto del principio de suposición que rige la transferencia dice:

En cuanto que hay un sujeto al que se le supone saber, hay transferencia. Ahora bien, ningún psicoanalista puede pretender representar un saber absoluto. La cuestión es, primero, desde dónde se ubica cada sujeto para dirigirse al sujeto al que se le supone saber. Toda vez que esta función sea encarnada por alguien, sea o no analista, la transferencia queda desde entonces fundada. (Lacan, 1964, p. 240)

El amor de transferencia encuentra su fundamento en el saber, y no en la repetición, como hasta el momento era pensado el fenómeno. Lo que se ama es lo que el Otro Sabe, se ama el saber. La repetición se monta en la transferencia, encuentra un modo de expresión, pero está separada del fenómeno de la Transferencia. El fundamento de este amor tan particular no se sostiene en el registro de la imagen, de lo especular, la simetría o del complemento.

La situación analítica se constituye como una falsa situación, donde no se ama al analista por su belleza, sino por lo que sabe. Es decir que se funda en el orden de lo simbólico. En ese borde en el que Freud encuentra el detenimiento de la palabra, en los bordes del silencio al que llamó resistencia.

El analista está llamado a ocupar el lugar del sujeto supuesto saber. Lo que está en el corazón del análisis es la transferencia, en la medida en que “actúa menos por lo que dice y por lo que hace que por lo que es” (Lacan, 1960, p. 352), y lo que es, no depende tanto de la realidad, sino del lugar al que es llamado a ocupar en tanto Otro del discurso.

En la *proposición del 9 de Octubre* respecto a la transferencia, Lacan refiere que en la misma el sujeto supuesto al saber es una formación de vena y no de artificio. ¿Por qué de vena y no de artificio? Para explicar el comienzo del análisis Lacan cuenta lo que le sucedió Breuer, quien cayó en la trampa del amor de transferencia de su paciente. A diferencia de Freud, quien afrontó las inesperadas y poco agradables consecuencias de mover a hablar a sus pacientes de sus cosas más íntimas.

La transferencia es por lo tanto una formación significativa del discurso, de la misma vena que el significante, surge como efecto de la palabra dirigida al Otro, de la articulación del significante que representa al que habla con aquél al que se dirige en su demanda.

De esta manera podemos decir que no es vía la repetición que el amor de transferencia se funda. El fundamento lo introdujo por otro lado: vía la presencia del pasado, que es la realidad de la transferencia pero no su fundamento, como actualización que implica una nueva creación, una ficción.

Esta ficción que crea el amor de transferencia está dirigida a quien se le supone el saber, al analista, a quien se le demanda a partir del momento en que se le dirige la palabra. Esto es lo que se repite, son las formaciones del inconciente: sueños, los lapsus, síntomas, olvidos. Se repite para ser escuchado a quien va dirigido; que es al analista: ese Otro que ocupa un lugar en la transferencia a partir de que se le supone un saber.

A continuación intentaremos seguir desarrollando el problema del amor. Hayamos como su fundamento, el amor al saber. La pregunta por lo genuino del amor en la transferencia sufre un desplazamiento a la pregunta por el fundamento que sostiene al amor.

Dijimos que el analista está llamado, en sus funciones, a ocupar el lugar de sujeto supuesto saber. Formula que anticipa el lugar del analista en la transferencia. Y el orden de ese saber que se le supone al analista es del orden del deseo. El analista también supone que ahí donde hay una producción de discurso, donde el analizante falla o queda en silencio, se ausenta, o cuenta un sueño, hay un sujeto.

También separamos el fenómeno de la transferencia de la repetición. Dijimos que esta última encuentra un modo de manifestación en la transferencia, es decir su realidad, que es la realidad del inconciente: formaciones de sueños, lapsus, actos fallidos, etc. Y que estas producciones en análisis están dirigidas al analista.

La Transferencia más allá de la repetición: el amor al saber en quien ignora.

En el *seminario VII La ética del psicoanálisis*, anterior producción a la que estamos trabajando en este capítulo, Lacan plantea que el amor cortés recupera el lugar del deseo y del amor sexual que el cristianismo por medio del sacrificio y el celibato anula. Esta idea de Lacan va delimitando un campo en la que el amor en psicoanálisis comienza a tener otro lugar, podemos decir un estatus que hasta el momento no se le había dado en la teoría. En la primera parte del *seminario VIII* dedicado al comentario del “*El Banquete*” aparece la idea de deseo como aquello de lo que uno carece.

El deseo, repite Lacan, es deseo de Otro y esta es la esencia del deseo. Este Otro no tiene que ver con el registro de lo imaginario en relación de especularidad con el otro, en todo caso ámbito donde el sujeto hará reconocer su deseo. Tiene que ver con el registro de lo simbólico donde se juega la palabra, aun cuando esté ausente, como sucede en el detenimiento de las asociaciones que hacen manifiesta la transferencia.

Lacan dice en *escritos I*:

La insistencia repetitiva de esos deseos en la transferencia y su rememoración permanente en un significante del que se ha apoderado la represión, es decir donde lo reprimido retorna, encuentran su razón necesaria y suficiente, si se admite que el deseo del reconocimiento domina en esas determinaciones al deseo que queda por reconocer, conservándolo como tal hasta que sea reconocido. (Lacan, 1956, p. 406)

Dijimos a partir de las primeras clases del *seminario VIII*, que no se trata de una situación de dos en un análisis, de intersubjetividad. El amor implica una triple estructura y en esto reside el fundamento de la transferencia y que el deseo surja en el dispositivo analítico.

Decimos que en el trasfondo de esta falsa situación, el amor se constituye como una ficción que se le dirige a quien ocupa el lugar del analista.

Señalamos que el amor apunta a un objeto. Que el amor de transferencia encuentra los fundamentos en el amor al saber. Es posible entonces articular las dos dimensiones: la imaginaria que hace lugar al amor, y simbólica que hace lugar al deseo, que mientras éste no sea reconocido por el otro (imaginario), se conservará indefinidamente en la repetición de la demanda (registro simbólico).

Estamos frente a la relación del sujeto hablante con lo simbólico en la medida que se articula con lo imaginario, pero que es esencialmente distinto del registro de lo imaginario. El sujeto le dirige el amor al analista por su saber. ¿Y de que sabe el analista? Podemos decir en principio, que si de algo sabe el analista es del deseo.

Así, entre lo que delata el amor de transferencia se encuentra por ejemplo que el analizante desea engañar al analista haciéndose amar, y esta pretensión de hacerse amar, lo protege de su condición de engañado. (Lacan, 1964)

Podemos recortar el lugar para la transferencia en tanto un saber sobre el deseo, saber ubicado por el analizante en el analista. Este saber sobre el deseo implica que el analista no sabe, es decir, no tiene un saber previo sobre el deseo de ese sujeto. Pero lo que sí sabe es que el deseo del hombre es el deseo del Otro (Lacan, 1964). La ignorancia es tomada no como falta de saber, sino como una pasión al igual que el odio y el amor.

Esta lógica que enuncia Lacan en la articulación del deseo con el Otro del lenguaje, y dar al amor de transferencia la estructura que se parece a la búsqueda de la verdad, la del sujeto, tiene consecuencias en lo epistemológico tanto como en lo clínico.

Con respecto a esto último no deberemos confundir la búsqueda de la verdad del sujeto con el ideal de autenticidad. “La autenticidad se nos propone no sólo como camino, etapa, escala de progreso. Es también verdaderamente cierta norma del producto acabado, algo deseable, por lo tanto, un valor”. (Lacan: 1959, p. 19).

Este es el segundo de los ideales que critica Lacan de los analistas en los años 60 en el seminario de *La ética del Psicoanálisis* (1959). Este ideal presupone que el sujeto esconde una verdad que puede ser alcanzada por el develamiento a través de la técnica analítica. El análisis no se opone cierta autenticidad del sujeto. Pero aquello que trata un análisis no es autenticar el Yo del sujeto como producto acabado, y por ejemplo hacer equivaler la verdad con la armonía, el equilibrio, la adaptación o que afloren las “buenas virtudes” del sujeto. Esta

forma de proceder en principio utilitarista o que convoca a las buenas intenciones del analista, solo son eso: buenas intenciones.

Mencionaremos un tercer ideal al que Lacan crítica y que se forja en las corrientes Psicoanalíticas del momento: el de no dependencia, que ha llevado a una profilaxis de la dependencia. El análisis apuntaba a intervenir intentando que el sujeto alcance la adultez, la no dependencia. Una ortopedia que se abre a través del campo de educación en el análisis, a los fines educar los goces. Lo que opone a este tercer ideal un registro de orden diferente: el trauma y su persistencia.

Al respecto Lacan va a decir:

... Sin duda, hemos aprendido a atomizar ese trauma, esa impresión, esa marca, pero la esencia misma del inconsciente se inscribe en otro registro que aquel en el que, en la Ética, Aristóteles mismo acentúa con un juego de palabras, éthos / êthos". (Lacan: 1959, p.20)

De esto podemos deducir que lo que se inscribe en un análisis no es del orden del carácter o de los buenos hábitos (*éthos*), en cuanto estos se acercan o alejan de la "adultez". Y la referencia al trauma o a la marca que insiste entra en articulación con aquello que es del orden de la repetición. Al respecto Lacan nos dice años antes: "...la repetición es fundamentalmente la insistencia de la palabra..." (Lacan, 1956, p. 349). Es esta insistencia del significante lo que define a la compulsión de repetición.

Marcamos en el título un posible camino de este desarrollo de la transferencia más allá de la repetición. Separamos ambos fenómenos marcando sus diferencias y relaciones en la experiencia analítica.

Lacan en la clase "La transferencia en el presente" al respecto dice: ... "he recordado que hay que partir del hecho de que la transferencia, en último término, es el automatismo de repetición" (Lacan 1960, p.200). En lugar de la vía de la repetición Lacan tomará para el fenómeno de la transferencia por la vía de la ficción.

La ficción supone una creación, *ex-nihilo* (desde la nada) al comienzo era el Verbo o al comienzo estaba en la acción una enunciación común. Ambas surgen del vacío topológico

que constituye el núcleo de nuestro ser y sobre el cual se apoya toda creación. Pero en el análisis, el enunciado “al principio” toma otro sentido: no se trata de creación sino de formación. La dimensión creativa, propia del inconsciente, depende de la acción del analista. Formación que solo tendrá lugar si el analista aun con su presencia puede encarnar un vacío.

Descubrimos con Lacan que lo que se ama no es la persona del analista sino lo que él sabe. Es decir la belleza no es suficiente para amar. El saber que el analista posee es sobre el deseo, y lo que sabe es que siempre el deseo es deseo de Otro.

El retomar a los griegos para hablar del amor radica en que encuentra en Sócrates una posición ante la verdad, entendiéndola como de dominio del discurso, y que no hay un discurso del discurso. El amor es del orden del discurso, y el discurso nos viene del Otro como el deseo. En esto se funda la Transferencia, dijimos: en amar el saber, pero en verdad es un saber que el analista ignora.

En el texto *Variantes de la cura tipo* (Lacan 1955) nos encontramos en su último apartado con el título: “Lo que el psicoanalista debe saber: ignorar lo que sabe”.

Si el fundamento del amor está en el saber, que es lo que en el trasfondo de la experiencia analítica se ama, es llamativo que tempranamente Lacan haya comenzado a delinear cual es el corazón de la experiencia. En este mismo apartado plantea el desconocimiento del analista sobre aquello que hace y de ahí toma la fuerza la cuestión del saber.

En principio podemos decir que el saber se organiza de una manera similar a lo que no se sabe, lo que se ignora. Nos surge la pregunta que entendemos por ignorancia desde Lacan.

Lo que en Psicoanálisis se entiende por ignorancia no es ausencia de saber. En el texto al que nos referimos en el párrafo anterior, el autor comenta que el progreso en el análisis es a partir del no- saber. Es algo contrario a la ciencia que avanza por una acumulación de saber. En este punto el análisis se liga a la dialéctica previa a la definición aristotélica de ciencia. Entonces la ignorancia no está ligada a una ausencia, sino como el amor y el odio a una pasión del ser, nos dice Lacan en el mismo texto. Así la ignorancia queda ubicada del lado de la represión, junto al deseo de no saber.

El sujeto queda dividido por lo que sabe y lo que ignora, y el camino que lo conducirá a saber algo de lo que ignora es vía esa pasión: la ignorancia. Esta paradoja en la que el sujeto sabe e ignora, revela una oposición al principio de no contradicción sobre la cual se eleva el edificio de la ciencia: Una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo.

Ahora retengamos que lo novedoso en el pensamiento analítico es que la ignorancia no niega el saber sino que intenta una forma más elaborada de este. Al respecto Lacan comenta: “El fruto positivo de la ignorancia es el no-saber, que no es una negación del saber, sino su forma más elaborada”. (Lacan: 1955, p. 343)

Para articular el amor al saber, y lo que el analista debe ignorar retomemos el problema del amor. Es importante para ubicar los fundamentos de la transferencia. En este problema hay que ubicar por un lado, lo que caracteriza al amante y, por otro, aquello que define al amado. Lo que caracteriza al amante, *erastés*, es esencialmente lo que le falta. Es el que no tiene, y al mismo tiempo, no sabe lo que le falta. El *eromenós*, el amado, es el que tiene algo pero no sabe qué. “...no sabe lo que tiene, lo que tiene escondido y que constituye su atractivo...” (Lacan, 1960, p. 51)

Como dijimos entre ambos no hay coincidencias, hay máxima diferencia. Lo que falta en uno no es aquello que el otro esconde. En este punto estriba el problema del amor, lo cómico y lo serio del amor. El amor es del orden del discurso, precisamos en párrafos anteriores, podemos entenderlo como un significante. En el amor encontramos metáfora, y como tal es del orden de la sustitución.

Así lo que se produce en el amor es una sustitución en la medida en que el amante sujeto a una falta, se sustituya a la función del amado. Para decirlo en términos de la experiencia analítica: el analizante pasa de ser quien ama a hacerse amar, como objeto amado por el analista. Lacan compara la relación de Sócrates, Alcibíades y Agatón con la experiencia del análisis, como mencionamos en el primer capítulo. Sócrates en su lugar hace la función del analista, y es quien le señala a donde está el deseo a Alcibíades. Sócrates responde a la demanda que este le hace interpretando su deseo. La posición del analizante como vemos la ocupa Alcibíades porque ama el objeto que intuye en Sócrates.

Así la transferencia no encuentra su límite en el analizado, va más allá de este y reencuentra toda su complejidad en el analista y su función: introducir el deseo en el dispositivo. Por eso se plantea la necesidad de articular y de situar el deseo del analista. Y

serán las coordenadas, las del deseo, las que tomaremos para dicha articulación en los próximos capítulos.

La contratransferencia: obstáculo al deseo del analista.

En el primer capítulo de este trabajo habíamos dicho que la referencia que hace Lacan de la contratransferencia es una coartada respecto de lo que constituye el verdadero eje del análisis, a saber, el deseo del analista. La introducción de este concepto marcaba un retorno a Freud: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.” (Lacan 1958, p.586).

Ubicamos algunas razones que justificaban el arribo a la teoría Psicoanalítica: 1) Marcar una diferencia con las teorías de la contratransferencia en el campo psicoanalítico de los años 60. 2) superar las complicaciones en las que el Psicoanálisis se encontraba al querer alcanzar el estatus de una ciencia en su búsqueda de “neutralidad” 3) Reafirmar el carácter subversivo de la concepción Freudiana del Deseo y su incidencia en la Ética del Psicoanálisis.

En cuanto a la contratransferencia encontramos una primera mención en Freud en *Las perspectivas futuras de la terapia Psicoanalítica* (1910) Freud plantea los cambios que posibilitarían el trabajo clínico, ya sea desde saber cómo desde la técnica, y dice:

Otras innovaciones de la técnica atañen a la persona del propio médico. Nos hemos vistos llevados a prestar atención a la “contratransferencia” que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine (...) Hemos notado que cada psicoanalista sólo llega hasta donde se lo permiten sus propios complejos y resistencias interiores (...). (Freud: 1910, p. 136)

Retoma el tema en *Puntualizaciones sobre el amor de transferencia* (1912) cuando al referirse de los posibles desenlaces del amor de transferencia en la cual paciente y analista se alejan tras el enamoramiento del primero. En este dice que para el medico resultaría un

esclarecimiento y una buena prevención de una contratransferencia surgida en él. Esta breve mención es la última que hará en su Obra al menos expresamente.

Hay una advertencia de que algo del lado del analista sucede e incide en el despliegue del análisis. Considerada a la contratransferencia como una respuesta que surge en el analista como consecuencia de la transferencia. Podemos decir que el fenómeno de la contratransferencia lo ubica entre el saber y la técnica, y que concierne a lo que el analista pone en juego en la cura.

En *Intervención sobre la transferencia* Lacan la definió como "...la suma de los prejuicios, de las pasiones, de las dificultades, incluso de la insuficiente información del analista en determinado momento del proceso dialéctico." (Lacan, 1951, p. 219). En el *seminario I* define a la contratransferencia como la suma de los prejuicios (Lacan, 1954). Lacan ha sido muy crítico del uso que se le ha dado por los analista de los años 60.

En el seminario sobre la angustia, en la clase "Puntuaciones sobre el deseo" menciona a varios analistas y la dificultad que estos presentan con respecto a abordar la contratransferencia. Dice que a grandes rasgos la contratransferencia apunta a la participación del analista en el proceso analítico.

Lo esencial es el compromiso de este. No se trata de dar una definición exacta del fenómeno de la contratransferencia, la verdadera significación que no puede escapársenos, es el deseo del analista.

Ya en *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958) Lacan comenta que la manera en la que los analistas dirigen la cura se ejerce un poder deliberadamente, dirigiendo la conciencia y con esto al sujeto. Quienes intervenían a partir de los sentimientos que los pacientes les causaban y pensaban al dispositivo como una relación de dos, que sin embargo mostraba avances en tanto el paciente se mostraba menos tímido. Esto es querer dominar el goce del sujeto a partir de una pedagogía o reeducarlo emocionalmente en un dispositivo de Yo a Yo, ofreciendo un análisis al servicio de la adaptación del sujeto por fuera de la ética del deseo.

Como vemos las lecturas que se han hecho del fenómeno de la contratransferencia tiene importantísima incidencia sobre la clínica y contrasta fuertemente con la propuesta de Lacan que es la de dirigir la cura y no al paciente, y esto implica aplicar la regla fundamental del análisis: la asociación libre.

Retomando lo dicho en el seminario de la Angustia, la contratransferencia es un obstáculo con la que se encuentra el analista en el análisis. A lo que hace obstáculo la contratransferencia es al deseo del analista.

Si en Freud la transferencia se constituye en el motor y en el obstáculo de la cura, la contratransferencia es un obstáculo al deseo del analista y al desarrollo de la experiencia de análisis.

Lo importante para los analistas que critica Lacan son las emociones que se ponen en juego en el análisis. Mediante proyecciones e introyecciones el proceso analítico se desarrolla en un vaivén. En el cual participan, según estos autores, las emociones y afectos del analista. Esta participación de las reacciones del analista ayudaría a comprender y entender el mundo “interno de los pacientes”. Si bien hay referencias a que estas emociones pueden ser de orden negativas y como tal deben ser removidas del proceso, es en función de una concepción de la contratransferencia que implica un error del analista o que este no se ha analizado lo suficiente.

Es decir que el fenómeno de la contratransferencia guiaba las interpretaciones y las direcciones del tratamiento. Llevado al extremo daba cuenta de que existía una comunicación de inconciente a inconciente.

Aquí surgen algunas diferencias que podemos puntualizar a los fines de avanzar en la concepción de la contratransferencia desde Lacan. En principio en “La dirección de la cura y los principios de su poder” plantea que el paciente no es el único que paga en un análisis. El analista también paga, con sus palabras cuando estas alcanzan el efecto de una interpretación. Paga con su persona, en la medida que se ofrece como soporte de la transferencia. Y paga con sus juicios más íntimos.

Esto último hace a la posición del analista en la transferencia y marca una diferencia con respecto a los usos que enunciamos sobre la contratransferencia. Se puede leer que el analista paga con su ser, en el sentido que no está al servicio de otra cosas que no sea el deseo del paciente. Esto toca el tema de la implicación o compromiso del analista que es lo que está en juego en la contratransferencia. Haremos un desarrollo más extenso y profundo en el capítulo dedicado a la dirección de la cura y su articulación con el deseo del analista.

Lacan no desmiente el fenómeno, si bien trata el tema muy pocas veces, pero reordena el campo de la contratransferencia a partir del deseo del analista. Tema central de este trabajo y en el cual expondremos en los siguientes apartados.

En cuanto al manejo de la transferencia y los efectos sobre la persona del analista, es decir la contratransferencia, Lacan marca la libertad del analista. Esta se encuentra coartada por el desdoblamiento que sufre su persona en ella: entre la persona o el otro en tanto que semejante y el Otro. Que el analista pague con su persona y con su juicio más íntimo permite que pueda jugar el papel del muerto:

...lo que es seguro es que los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se lo reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce. (Lacan, 1958, p.563)

Así el analista es menos libre en su estrategia que en su táctica. Y aún menos libre es con respecto a su política, en la cual debe situarse más desde su carencia de ser que desde su ser.

En la clase que estamos trabajando del *seminario X* “puntuaciones sobre el deseo” al comentar un artículo de Lucy Tower, una de las analizadas que critica Lacan con respecto a la contratransferencia, rescata sin embargo una definición. Aunque aclara que no es tan simple dar una definición. Define a la contratransferencia como todo aquello que el analista reprime de lo que recibe como significante. Es interesante este giro del concepto por que ubica al fenómeno en el registro simbólico, más allá de lo afectivo y los sentimientos que podemos ubicar del orden de lo imaginario.

Ante lo dicho por Lacan de que no se puede dar una definición exacta, consideramos que al tratarse de lo que el analista reprime en tanto significante, se constituye como fenómeno del orden simbólico. Lo que restituye el fenómeno al campo de la Palabra, más allá del registro imaginario o especular de la relación de Yo a Yo.

Lo dicho resignifica la concepción que tradicionalmente se hacía del concepto, ubica por un lado la represión del lado del analista y con esto sus resistencias. En el *seminario II* (Lacan 1955) va a decir que la única resistencia es la del analista. Esto incide en el manejo de la transferencia y como es leída la contratransferencia en la experiencia analítica.

Lacan comenta en las primeras páginas del *seminario VIII* lo sucedido a Breuer, que en palabras de Jones sufrió una contratransferencia algo acentuada. Ya que debió abandonar intempestivamente el tratamiento de su paciente Anna O. luego del parto imaginario en la que

la asistiera. Desde el comienzo del Psicoanálisis se evidenciaron los fenómenos de la contratransferencia y sus desenlaces. En este caso el analista abandona a su paciente por el amor que sentía, o podemos decir por el horror que su propio deseo le produjo. Podemos tomarlo como ejemplo del efecto de la contratransferencia, no meramente en el desenlace del caso, sino como obstáculo del deseo de Breuer.

Podríamos decir, siguiendo a Lacan, que el fenómeno de la contratransferencia resulta de una resistencia u obstáculo al deseo del analista. De esta manera hay un desplazamiento del problema de la contratransferencia al deseo del analista.

Por esta vía desarrollaremos lo referente al deseo del analista y sus articulaciones con la transferencia y contratransferencia en los próximos capítulos.

Capítulo. III. El deseo del analista.

Retornar a Freud desde el deseo.

En el presente capítulo se abordara el concepto el cual fuimos introduciendo a lo largo de este trabajo: el deseo del analista.

Ubicamos su ingreso en la teoría a partir del *seminario VIII La transferencia*. La incorporación del concepto lo atribuimos a razones de orden teóricas, clínicas e epistemológicas. Es a partir que en este seminario donde comienza a tomar forma y diferenciarse como instrumento que viene a reorganizar el campo de la transferencia y la contratransferencia.

En el centro del debate del Psicoanálisis de los años 60 se encuentran los temas referentes a la técnica. En el seminario que es eje de este trabajo abundan las críticas a los Psicoanalistas del momento, en lo referente a la lectura que han hecho de la transferencia y la contratransferencia y las consecuencias clínicas que traen aparejadas tales lecturas. Entendemos que las críticas apuntan a la burocratización y estandarización del dispositivo analítico.

Dimos algunas razones que justifican el arribo del concepto: 1) Marcar una diferencia con las teorías de la contratransferencia de la época. 2) superar las complicaciones en las que el Psicoanálisis se encontraba en afán de alcanzar la neutralidad. 3) Reafirmar el carácter subversivo de la concepción Freudiana del Deseo y su incidencia en la Ética del Psicoanálisis.

El concepto en cuestión, como hemos dicho no es un mero remplazo del concepto de contratransferencia. El deseo del analista reordena el campo de los fenómenos de la transferencia y contratransferencia e incide en cómo es pensada la dirección de la cura.

Entendemos el deseo del analista es la punta de lanza de las críticas que se esgrimen en dicho seminario. Fuera de toda cuestión de orden óptica, es decir no es el deseo de “ser” analista lo que está en juego, vamos a poner en el centro de la exploración de los desarrollos conceptuales el deseo del analista como un instrumento que permite operaciones dentro del análisis y que convoca a una ética del dispositivo analítico con marcas que diferencia a la práctica clínica psicoanalítica de otras disciplinas.

Hemos mencionado en el capítulo anterior que estas lecturas de las conceptualizaciones Freudianas por parte de estos analistas respondían a Ideales que comandan la dirección de los tratamientos y como es concebida la cura desde esas lecturas que critica Lacan. En el *seminario de La ética del psicoanálisis* menciona los tres ideales que hemos trabajado en articulación con otras conceptualizaciones en el capítulo anterior. Estos son: el amor humano, el ideal de autenticidad y el ideal de no dependencia.

Lacan introduce un concepto que marca un punto de retorno a Freud: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.” (Lacan 1958, p.586). En este fragmento extraído de *La dirección de la cura y los principios de su poder* es la primera mención del concepto, no su desarrollo, que hemos situado a partir del *seminario VIII*.

Establecimos una relación en el capítulo anterior entre la contratransferencia y el deseo del analista. Dijimos que la contratransferencia es la respuesta del analista a la transferencia, respuesta total, que implica la represión por parte del de este de un significante. De esta manera insertamos el fenómeno en el registro de lo simbólico. Y los afectos, emociones que pueden “despertar” el paciente lo ubicamos en el registro imaginario.

Si el deseo del analista es una operación que supone un vacío para que advenga el deseo en el dispositivo, la contratransferencia es un obstáculo a la instalación del deseo del analista.

Cuando en la presentación del tema hacíamos referencia a las diferentes concepciones que giran en torno al concepto deseo del analista. Nuestra pregunta inicial, aquella que motoriza este trabajo, es la pregunta por la subjetividad del analista.

No podremos dar una respuesta única a tal pregunta, pero intentaremos acercarnos a una elaboración más acabada sobre el tema. Esto no representa un obstáculo a la investigación, más bien la motiva.

La noción en cuestión representa un problema, y surgen ciertas dificultades en pensar cómo es que interviene en la economía del dispositivo analítico. Intentaremos una relación entre el deseo del analista y la dirección de la cura hacia el final del presente trabajo.

Pulsión, Demanda y Deseo en la experiencia analítica.

Vamos a establecer diferencias y articulaciones entre estos tres elementos para sobre el final del apartado establecer cuáles son las relaciones en el dispositivo analítico con el deseo del analista.

Estos elementos nos permitirán captar que es lo que sucede en la experiencia analítica y como se despliega en torno a la única herramienta con la que cuenta el analista: su deseo.

En el *seminario VI El deseo y su interpretación* (1958) Lacan refiere que la necesidad del sujeto está profundamente modificada porque esta debe pasar por la demanda, es decir por los desfiladeros del significante. Hay una “interrupción” de lo natural, una discontinuidad, un hueco con lo que podemos llamar de orden natural. Encontramos una primera distinción para establecer las diferencias entre el deseo y la demanda.

Lacan en el mismo seminario refiere que la diferencia entre la estructura del deseo y la estructura de la demanda no es solo una distinción de orden teórica sino de carácter clínico.

Lacan va a decir:

La clave de todo esto es la relación del sujeto con el significante. Lo que caracteriza a la demanda no es sólo ser una relación de un sujeto con otro sujeto, sino que esa relación tiene lugar por medio del lenguaje, es decir, por medio del sistema de los significantes. (Lacan, 1958, p. 56)

Vemos que la demanda encuentra una articulación en el lenguaje, pero de esta manera la demanda no es meramente demanda de algo, sino que representa al estar mediada por el lenguaje la simbolización del Otro. Este podrá estar presente o ausente. El Otro es quien instala

la demanda, va marcando los lugares en el cuerpo, los circuitos por donde la pulsión encontrara satisfacción. Y está articulada en el lenguaje como dijimos, se puede enunciar.

Es interesante el recorrido que realiza en su texto *Lógicas de la vida amorosa* de Jacques- Alain Miller (1991), donde siguiendo a Lacan va a plantear dos tipos de demandas. Aquella que se articula a la necesidad, en la que el Otro tiene aquello necesario para satisfacer la necesidad del niño, es decir hay una dependencia de un Otro que tiene. Y esta la demanda a aquel Otro que no tiene, al que se le dirige la demanda de amor. No hay regalo que pueda dar testimonio completamente del amor. Entre ambas demandas se inscribe el deseo.

Más allá de la demanda a aquel que tiene, el don que el Otro tiene, está el don de lo que no tiene, o el don que no podrá dar acabadamente testimonio del amor. Recordemos en este punto lo que Lacan dice el *seminario VIII*: ... “con lo que el amor está propiamente relacionado es con la pregunta planteada al Otro acerca de lo que puede darnos y lo que tiene que respondernos” (Lacan: 1961, p. 198)

La pulsión es una forma de demanda, pero no esta no se interpreta. Tampoco debe ser asimilada la pulsión a una función biológica o el instinto, ya que la pulsión es un empuje constante y se distancia de los ritmos biológicos. Por ejemplo la pulsión oral no se satisface con comida, sino con el placer de la boca. La pulsión alcanza su satisfacción en el recorrido o circuito de la zona erógena. Como sabemos la pulsión no busca la satisfacción en un objeto, o es lo más variable dirá Freud (1905) sino que alcanza a satisfacerse en la búsqueda, en su recorrido.

Así la distinguimos en la experiencia analítica como aquella donde no hay nada que interpretar. Sin embargo esta sigue las reglas del lenguaje. La demanda es aquello que el paciente dirige al Otro, todo aquello que el paciente dice en un análisis. Pero deberemos diferenciar ambas demandas.

El deseo en cambio es aquella demanda que si es susceptible de ser interpretada, que podemos interpretar. Encuentra articulación en el lenguaje. El deseo está vinculado con el hecho de que depende de la demanda. Lacan va a decir que el deseo está vinculado en una relación dependencia de la demanda que por articularse con significantes, deja un resto metonímico que se desliza por debajo. Un elemento insatisfecho al que llama deseo. (Lacan, 1964)

Lacan se refiere que el deseo del hombre encuentra su forma en tanto deseo del Otro, pero reteniendo cierta opacidad para representar en ella la necesidad. “El deseo se esboza en el margen donde la demanda se desgarrar de la necesidad...” (Lacan, 1960, p. 774)

En *el seminario VI* va a decir que el deseo se establece frente al deseo del Otro de dos maneras: como un deseo imposible o como un deseo insatisfecho. Como sucede en la neurosis obsesiva y en la histeria respectivamente (Lacan, 1959)

El analista se ofrece en la transferencia a quien se le dirigen las demandas, pero este no debe responder. Lo que ofrece es un lugar vacío para que advenga allí sea el deseo del paciente como deseo de su Otro (Lacan, 1959)

Diana Rabinovich (2015) advierte que no debemos restarle importancia este lugar vacío, porque lo que se persigue operando de esta manera es permitir el surgimiento del objeto a. De esta manera ubicamos al deseo en la hiancia entre la necesidad y la pulsión. En ese hueco, agujero. Este se presenta como una x, como algo a develar, susceptible de interpretación, que encuentra articulación en la demanda que le dirige al Otro.

Podemos situar dos tiempos de la demanda en un análisis, aquella que no está sujeta a interpretaciones y refiere a la pulsión; Y el momento en que la demanda es interpretable referente al deseo.

Estos dos momentos de la demanda se pueden relacionar con los dos momentos de la transferencia. En la clase “La transferencia en el presente” del *Seminario VIII*, Lacan va a conjugar dos vías de la transferencia, la de la repetición y la del amor:

Siempre les he recordado que hay que partir del hecho de que la transferencia, en último término, es el automatismo de repetición. Ahora bien, si desde el comienzo de este año me limito a hacerles seguir los detalles del movimiento de El Banquete de Platón, donde sólo se trata del amor, es obviamente para introducirles en la transferencia por otro lado. (Lacan: 1961, p. 200)

La transferencia por vía de la repetición es la de una repetición de la necesidad, o la necesidad de repetición. Descripta como una sombra de una necesidad, ya superada y por lo

cual puede desaparecer. Al mismo tiempo esta repetición no es conveniente diluirla porque es la que constituye la existencia misma del inconciente (Lacan 1961).

La otra vía es la de la transferencia como fuente de ficción, por vía del amor. Ya no es tomada la transferencia en la ilusoria presencia del pasado, sino aquello que es irreductible en la transferencia de existencia real. De esta manera llega a establecer que la transferencia es una fuente de ficción en tanto que el sujeto fabrica algo. Desde de aquí, se pregunta sobre la naturaleza y el objeto de este amor, y al tratarse de una ficción, qué es lo que finge y para quién.

En el *seminario XI Los cuatro conceptos fundamentales* (1964) Lacan rompe explícitamente con la concepción de la transferencia ligada a la repetición. Donde se hace más evidente el correlato entre transferencia y pulsión. Podemos decir que en el *seminario VIII* es una etapa intermedia en la preparación del campo de tal aporte. En el seminario en cuestión la transferencia sigue ligada al fantasma, al engaño y a las formas de identificación del sujeto.

El hecho constitutivo del fenómeno de la transferencia es que ésta se manifiesta en la relación con alguien a quien se le habla, concluye Lacan. A un Otro que se le demanda. Y lo que se le demanda es amor.

La demanda representa un punto de ruptura entre la necesidad y la pulsión. El sujeto en un análisis demanda que la hiancia entre la necesidad y la pulsión sea cubierta. En el amor de transferencia el sujeto se hace amar como objeto que cubra esta separación. La fórmula de la demanda es también la fórmula de la pulsión o bien la pulsión se hace a partir de la demanda.

En el *seminario XI* Lacan establece una clara relación entre la demanda, pulsión y el deseo de analista.

Lacan va a decir en dicho seminario:

Si la transferencia es aquello que de la pulsión aparta la demanda, el deseo del analista es aquello que la vuelve a llevar a la pulsión. Y, por esta vía, aísla el objeto a, lo sitúa a la mayor distancia posible del I, que el analista es llamado por el sujeto a encarnar (Lacan: 1964, p. 281)

Tenemos que la transferencia separa pulsión y demanda. Es la consecuencia de que el sujeto cuando habla de amor, olvida el hecho de que habla. Así el deseo del analista, que

ubicamos en un momento como operación de máxima separación, vuelve a unir la pulsión y la demanda mediante la interpretación.

Es decir que el deseo del analista es un movimiento inverso a la transferencia, aquello que separó la transferencia se vuelve a reunir con el deseo del analista. Esto es central para pensar porque el análisis se distinguió de la sugestión.

El movimiento contrario que opera el deseo del analista es mantener una diferencia absoluta entre el ideal y el objeto a. Podemos ubicar la serie que se inscribe en la experiencia analítica: Transferencia, demanda, identificación e ideal.

La transferencia después del “Banquete”: El deseo del analista.

En el *seminario La transferencia* (1960- 1961) Lacan como se mencionó en el primer capítulo va a trabajar la cuestión del amor de transferencia partiendo de los griegos. El hecho de que Lacan refiera a la filosofía responde a un interés de orden teórico y a su vez epistemológico. La cuestión de la verdad en Platón refiere siempre al orden del discurso como ya hemos dicho.

En dicho seminario la transferencia es analizada en su disparidad subjetiva, donde hay una presunta o falsa situación y sus excursiones técnicas.

Esta disparidad subjetiva anticipa a lo enunciado en *seminario XI*: “Freud formula expresamente que de ninguna manera puede considerarse el amor como representante de lo que él mismo interroga con el término *die ganze Sexualstrebung...*” (Lacan: 1964, p. 182). Que se traduce en “no hay relación sexual”, como dijimos, y que pone en discusión que entre el amante y el amado, el erastés y erómenos, se inscriba relación sexual alguna en términos de complementariedad.

El dispositivo ya no es entendido como lo que sucede entre dos sujetos, sino lo que sucede entre un sujeto y un objeto (agalmático).

La situación analítica se constituye como una falsa situación, donde no se ama por lo bello al analista, sino por lo que sabe. Es decir que se funda en el orden de lo simbólico.

En cuanto a la técnica, marca la necesidad de una rectificación del uso que se hace teóricamente de la Transferencia. Se refiere a todo lo que debe inscribirse como referido a los principios o, al menos, a la búsqueda de principios.

En este seminario Lacan hace un comentario de la Obra de Platón. El método del comentario no consiste propiamente en volver a situar el Banquete en la historia, o hablar de la filosofía griega, y si se interroga un discurso es por lo que nos hace entender a nosotros.

“*El Banquete*” en donde intentará introducirnos en la transferencia por vía del amor. En dicha obra se van a narrar un diálogo acontecido entre un grupo de hombres de la elite; entre los cuales se encontraban Fedro, Pausanias, Aristófanes, Erixímaco, Alcibíades y Sócrates, en un banquete realizado en casa de Agatón. Todos ellos se reúnen para dialogar sobre un tema en particular: el amor. La forma en la que lo hacen - hablar del amor- es en una exposición de uno a la vez, y es el último quien sede el lugar al próximo en diálogo. El banquete presenta ciertas reglas en cuanto al orden de la exposición y en cuanto al beber.

La escena que toma valor fundamental para Lacan es el momento donde irrumpe Alcibíades en el banquete. Este ante los presentes cuenta el rechazo que Sócrates le ha proferido.

Lacan toma esta escena y la traduce en términos desde la perspectiva del psicoanálisis. Va a decir que la relación de Sócrates, Alcibíades y Agatón constituye una situación analítica. Toma esta escena como modelo de la Transferencia. Y señala que Sócrates se posiciona como un analista lo haría en un análisis.

Diana Rabinovich (2015) comenta que la reaparición constante de Sócrates en la obra de Lacan responde a que es a partir de este que puede ubicar el lugar del deseo del analista. En cierto sentido le permite a Lacan descubrir el deseo del analista y su función. Lacan al comentar “*El Banquete*” se dirige a los analistas en formación.

La referencia a Sócrates remite a lo que este tiene en común con Freud que es considerar que lo deseable es ser deseado, no agotando las categorías del sujeto a su “ser” o a un “tener”. Y que la relación con el Otro en este punto es una relación con una falta, con aquello de lo que carece que lo hace un Otro deseante.

En la clase “Al principio era el amor” del *seminario VIII*, nos dice que en el dispositivo analítico la posición del amante resulta aún más paradójica que en la sociedad

misma, y el hecho de aislarse con otro para “enseñarle” lo que falta supone una relación diferente del sujeto con el agujero en el Otro, el Otro como deseante . Lacan toma esto de Hegel, que piensa que el deseo humano no recae sobre objetos de orden natural, su objeto es el deseo tomado como objeto, otro deseo.

El problema del amor, donde se inscribe el fenómeno de la transferencia se revela contra la idea de intersubjetividad en el dispositivo analítico y lo esencialmente impar que el fenómeno tiene, esa disparidad subjetiva como hemos sostenidos en capítulos anteriores.

El dispositivo ya no es entendido como lo que sucede entre dos sujetos, sino lo que sucede entre un sujeto y un objeto (agalmático). De esta manera se trastoca la concepción de la transferencia a como concebida en ese momento.

Lacan reconoció que Sócrates estaba en el origen de la transferencia, a la que caracterizo como más duradera que la historia haya conocido. Sócrates tenía un secreto, él se jacta de no saber nada, salvo saber reconocer que es el amor. Él puede reconocer en qué lugar se ubica el amante y el amado.

Entre estas posiciones que se vinculan a lo que la supuesta pareja ignora: el primero es el sujeto del deseo, padece de una falta pero no sabe lo que le falta; y el segundo es el que tiene algo, es la causa del deseo, pero no sabe lo que tiene.

En el amor el amante: a quien le falta algo, se dirige a quien lo tiene: el amado. Pero la paradoja o lo cómico es que aquello que el amante le falta no se corresponde con aquello que el amado tiene. Hay una inadecuación a la que se enfrenta el deseo, porque aquel objeto nunca es el correspondido. Esto provoca un encuentro fallido de la que resulta el amor. En estas coordenadas es por donde Lacan en este seminario trabaja el problema del amor de transferencia.

En este seminario se esgrime una metáfora o fórmula del amor. En la clase “De Epistème al Mýthos” plantea: ... “que el amor es dar lo que no se tiene...” (Lacan: 1961, p. 145) Esta fórmula la extrae del “*El Banquete*” y conduce a preguntarse por la naturaleza del objeto de amor: “... sino aquel objeto único, aquello que vio en Sócrates y de lo que Sócrates le aparta - porque sabe que él no lo tiene...” (Lacan: 1961, p. 187).

De esta manera Lacan aísla la naturaleza del objeto amor, que es la nada; y por otro lado amar quiere decir, paradójicamente querer ser amado.

En capítulos anteriores habíamos mencionado que Lacan encuentra los resortes de la transferencia, sus fundamentos en el amor. Y el problema del amor nos permite comprender un poco más lo que sucede en la Transferencia. Lacan problematiza la cuestión del amor. Puede decirse que a partir de la problematización del amor, este toma el estatus de causa en la teoría Psicoanalítica, y encuentra un lugar entre los conceptos fundamentales de la teoría.

Veremos que lo que se produce en la Transferencia es la inversión de las funciones, al respecto: la significación del amor se produce en la medida en que la función del *erastés*, del amante, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del *arómenos*, el objeto amado ocupa su lugar. (Lacan, 1960, p. 51)

Ahí reside el problema del amor, según Lacan, que en lo que le falta a uno no es lo que el otro esconde. De esta manera Sócrates hace la función de analista, apuntando donde está el deseo de Alcibíades. Y responde a su demanda de amor, señalando donde está su deseo. Lacan dirá: “A fin de cuentas, lo que tú quieres, le dice Sócrates a Alcibíades, es ser amado por mí y que Agatón sea tu objeto.” (Lacan, 1961, p. 187)

Nos preguntamos cómo se enlaza esta escena crucial con el deseo del analista. Al respecto podemos decir que a este no puede bastarle una referencia diádica. No es la relación con el paciente lo que le proporciona su clave. De lo que se trata de definir las coordenadas que el analista debe alcanzar para poder ocupar el lugar que le corresponde, “...aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro.” (Lacan, 1961, p. 125)

Lo fundamental de la posición socrática reside en la introducción que éste hace de lo deseante del amor, hace ingresar al deseo en la escena. Sócrates se posiciona como aquel que interroga mediante su conocido método socrático; y así, trastoca la posición del *eromenós*, Agatón, en *erotomenós*. Desplaza la posición del amado en la del interrogado. Encontramos otra equivalencia con el dispositivo analítico y las funciones del analista.

Los interrogantes a Agatón versan en torno a si el amor es amor de algo o no. Porque Sócrates considera que no se puede desear algo que ya se tiene. En este movimiento hay una sustitución del amor por el deseo. Porque solo se puede desear en tanto no se tiene.

Encontramos diferencias con el método analítico y el método Socrático. Ya que el analista no pregunta todo a su paciente, sino ahí donde aparece algo en el discurso del orden

del significante es lo que se va a cuestionar. Porque el analista trabaja con un saber que es de otro orden: del inconciente.

La escena crucial protagonizada por Alcibíades en su discurso dirigido a Sócrates. En la que todos los comensales ya han discurrido sobre el amor, luego a Agatón, es el turno de Sócrates. A continuación, Alcibíades irrumpe borracho, y comienza a elogiar a Sócrates; haciéndole una declaración. Y Sócrates le devuelve una interpretación: "...todo lo que acabas de revelar hablando de mí, lo has dicho por Agatón." (Lacan, 1961, p. 177)

Sócrates no responde a la demanda de amor de Alcibíades, porque sabe que no es al el a quien se le dirige el deseo. Da cuenta que Alcibíades quiere hacerse amar por Sócrates. A cambio de responder con el amor, Sócrates responde con una interpretación, al modo como lo haría un analista. Y señala donde está su deseo.

El amor es al saber, como ya hemos mencionado en otro apartado, entonces en cuanto que hay un sujeto al que se le supone saber, hay transferencia. Ahora bien, ningún psicoanalista puede pretender representar un saber absoluto. La cuestión es, primero, desde dónde se ubica cada sujeto para dirigirse al sujeto al que se le supone saber. Toda vez que esta función sea encarnada por alguien, sea o no analista, la transferencia queda desde entonces fundada. (Lacan, 1964)

Retomando el concepto que nos convoca en este trabajo. Lacan introduce aquello que debe ser el deseo del analista. Desde el punto de vista lógico Lacan dirá: "Para que el analista pueda tener aquello de lo que el otro carece, es preciso que posea la nesciencia en cuanto nesciencia". (Lacan: 1961, p. 266) Es decir que si el analista se identifica al lugar en el que el sujeto lo ubica, lugar de supuesto saber, y dirige la cura desde esta posición, estaría cometiendo un error. Se ubica el lugar del Ideal al cual identificarse, imposibilitando la pregunta por el deseo.

Esta nesciencia o también nombrada como docta ignorancia implica que el analista no sabe, es decir, no tiene un saber previo sobre el deseo de su paciente. Lo que sí sabe, como también sabía Sócrates, es que el deseo del hombre es el deseo del Otro. "...sólo puede reconocer su deseo a nivel del deseo del Otro..." (Lacan, 1964, p. 243)

El deseo del analista representa una incógnita, una X, ecuación que el analizante deberá “resolver” en tanto es la pregunta sobre el deseo, de él, del Otro: ¿Que me quiere? Esta representa una de las dimensiones del deseo del analista.

La otra dimensión del deseo del analista a la que Lacan refiere en el seminario XI *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* donde en la clase XX “En ti más que Tu” postula el deseo del analista es un deseo Impuro en tanto da cuenta de la máxima diferencia entre el Ideal y el Objeto.

Es el Deseo de obtener la diferencia máxima que interviene cuando el Sujeto confrontado a la falta, accede por primera vez a la posición de sujeción a él. Lo que resulta del deseo del analista como una operación de separación o diferencia absoluta entre el Ideal y el objeto; el significante y el goce; el significante y el Otro.

Capítulo IV. El deseo del analista: implicancias en la dirección de la cura.

En el presente capítulo se realizara una articulación entre el concepto del cual es objeto este trabajo: el deseo del analista, y la dirección de la cura. El interrogante que nos surge es ¿Cómo incide el deseo del analista en la dirección de la cura? Es decir cómo es que se piensa la cura a partir de la introducción del concepto en la teoría Psicoanalítica.

El deseo del analista es un concepto solidario a la ética en el Psicoanálisis: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.”(Lacan 1958, p.586).

Esta es la primera mención que se hace en los textos de Lacan del deseo del analista y que convoca a pensar las implicancias que tal concepto tiene en la dirección de la cura. Posición del analista, ética y dirección de la cura son referencias conceptuales en las que se vectoriza el deseo del analista.

En los años 60 en el campo psicoanalítico se produce un desplazamiento que va de la pregunta por lo que sucede al analizante a lo que sucede del lado del analista en el dispositivo analítico. Más precisamente por lo que sucede con la subjetividad del analista. Ya nos hemos referido a los posibles determinantes de este desplazamiento del cual destacaremos la búsqueda de neutralidad del Psicoanálisis de la época en un gesto imitativo a la ciencia.

Los efectos que el dispositivo podía provocar sobre el analista fueron considerados por Freud en 1910 en el texto *Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica*. En dicho texto nos dice:

Otras innovaciones de la técnica atañen a la persona del propio médico. Nos hemos visto llevados a prestar atención a la «contratrasferencia» que se instala en el médico por el influjo que el paciente ejerce sobre su sentir inconciente, y no estamos lejos de exigirle que la discierna dentro de sí y la domine (Freud 1910, p. 136).

Los efectos que cada paciente puede suscitar en el analista habían sido advertidos por el Padre del Psicoanálisis. La preocupación de Freud por tal fenómeno conforma un conjunto de preguntas en torno a la subjetividad del mismo. Que la recomendación de Freud sea la de discernir, pareciera que advierte sobre el obstáculo que supone para el desarrollo del análisis

y la necesidad de superarlos. Aunque los analistas de la I.P.A de los años 60 y por fuera de esta asociación han orientado y conceptualizado su práctica a partir de hacer uso del concepto. Por un lado ubicando la contratransferencia como una “herramienta” que permitiría “comprender” a sus pacientes y por ende un progreso para la teoría Psicoanalítica. Puede suponerse que el título del texto “Perspectivas futuras...” y ser mencionado por Freud como un “avance” haya orientado a los analistas a realizar dichas lecturas e interpretaciones estableciendo una manera de pensar la cura.

La dirección de la cura: más allá de la contratransferencia.

Contrario a la lectura de los analistas de la I.P.A Lacan en el texto *La dirección de la cura y los principios de su poder* (1958), texto del que es eje de este capítulo, comienza con la pregunta: ¿Quién analiza hoy?

El autor vuelve a poner en banquillo a los analistas de la Psicología del yo para expresar sus críticas a quienes consideraban la importancia de la “personalidad” del analista para la cura. Lacan afirma que el analista “está tanto menos seguro de su acción cuanto que en ella está más interesado en su ser” (Lacan, 1958, p. 561). En nuestras palabras, cuando el analista más se preocupa por su “ser” menos seguridad tiene sobre lo que hace.

Sobre el concepto de la contratransferencia, que ya hemos tratado en capítulos anteriores, se desarrolla una forma de dirigir la cura en el dispositivo analítico. Al respecto señala Lacan: “Tal es por lo menos lo que justifica el estremecimiento que nos recorre ante las expresiones de moda referentes a la contratransferencia, contribuyendo sin duda a enmascarar su impropiedad conceptual...” (Lacan 1958, p.559).

Queda en consideración siguiendo el planteo de Víctor Iunger (1991) de que trata esa impropiedad conceptual, es decir si la impropiedad conceptual refiere a las “expresiones de moda” o si Lacan refiere al concepto mismo de contratransferencia como impropio para el desarrollo del análisis.

Nos inclinaremos a pensar que Lacan se refiere a lo impropio que tiene la conceptualización de la contratransferencia en la dirección de la cura que él desarrolla. Es

decir que del concepto de contratransferencia se hizo un uso específico para dirigir las intervenciones e interpretaciones que los analistas de la I.P.A (Asociación Psicoanalítica Internacional) realizaban.

Lacan no niega los efectos que puede producir el análisis sobre la persona del analista. La diferencia con las teorías de la época radica en que los efectos contratransferenciales no son tomados en cuenta en la dirección del tratamiento.

Al respecto Lacan (1958) denuncia que los analistas bajo el nombre de psicoanálisis se han dedicado a una reeducación emocional de los pacientes (p.559). Una práctica sostenida desde el ejercicio del poder que dista de la doctrina que Freud propuso. La reeducación emocional era llevada a cabo, según Lacan, a partir de cierta fascinación por las secuelas de la frustración. Frustración, la del analizado, que sería llevado a “corregir” la demanda que le efectuara al analista. Este modo de conducir el análisis mantiene una posición de sugestión que lleva al analizado a replantear la demanda. “La más aberrante educación no ha tenido nunca otro motivo que el bien del sujeto”. (Lacan, 1958, p. 590)

Lacan formula que el analista debe dirigir la cura y no dirigir al paciente. Queda excluida todo juicio moral sobre lo que dice o hace el paciente. Dirigir al paciente desde la conciencia, supone en principio un acto de sugestión que conlleva al ejercicio de un poder sobre el analizante.

La dirección de la cura supone para el autor el hacer aplicar la regla fundamental, esa es la primera condición para dirigir un tratamiento (Lacan 1958)

Empresa común la del análisis en la que paciente no es el único que paga. El analista también debe pagar. Paga con su palabra, ya que estas alcanzan el efecto de interpretación. Paga con su persona, al servir esta como soporte de los fenómenos transferenciales. Y paga con su juicio más íntimo (Lacan 1958).

Pondremos el acento en esta última afirmación: que el analista paga con su juicio más íntimo. Que pague con su juicio entendemos que deja de lado aquellos efectos (sentimientos, emociones, pensamientos) que el analizante despierta en el analista. Que los deje de lado implica que no es desde ahí que efectuara sus intervenciones. Si lo hiciese incurriría en un error de pensar la situación analítica como una situación de dualidad de yo a yo. Para ser más explícitos de un Yo sano, el del analista, a un Yo a fortalecer, el del analizado.

Cabe agregar que el pagar con su juicio más íntimo marca la posición del analista, que estará dada por la transferencia y no por aquello que se ha dado a llamar contratransferencia. Al pagar con su persona y con su juicio más íntimo permite que pueda jugar el papel del muerto: "...lo que es seguro es que los sentimientos del analista sólo tienen un lugar posible en este juego, el del muerto; y que si se lo reanima, el juego se prosigue sin que se sepa quién lo conduce." (Lacan, 1958, p.563)

Retomando lo dicho en el capítulo II del presente trabajo, en el seminario de la Angustia, la contratransferencia es un obstáculo con la que se encuentra el analista en el análisis. A lo que hace obstáculo la contratransferencia es al deseo del analista. De ahí que podamos justificar las críticas que Lacan a lo largo del texto que dedica a la dirección de la cura.

Si en Freud la transferencia se constituye en el motor y en el obstáculo de la cura, la contratransferencia es un obstáculo al deseo del analista y al desarrollo de la experiencia de análisis como hemos señalado. Y no resultaría un "avance" para la clínica, ni para la teoría organizar el campo de intervención del analista desde los fenómenos contratransferenciales.

Como dijimos la transferencia es un obstáculo a la instalación del deseo del analista, el servirse de ella para operar en un análisis muestra la resistencia que se juegan del lado del analista.

Son los analistas los que provocan la resistencia en su intento de hacer avanzar al analizante produciendo una presión y señalándole que lo que desea es tal objeto. "no hay resistencia al análisis sino la del analista mismo" (Lacan, 1958, p. 568) Podremos indicar el intervenir desde los efectos contratransferenciales hace obstáculo a la instalación del deseo del analista.

Posición del analista: no es sin su deseo.

Lacan se encargó de acentuar la falsedad de la frase que acuñaban los posfreudianos al referirse a la cura en el tratamiento analítico: "que el analista cura menos por lo que dice y hace que por lo que es" (Lacan, 1958, p. 561)

El lugar desde donde el analista debe intervenir está marcado por el fenómeno de la transferencia. Es la transferencia que orienta y marca el lugar desde el que interviene, y no los efectos de esta sobre la persona del analista. En el seminario 11 *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* Lacan advierte: “En este asunto no sólo entra en juego lo que el analista se propone hacer con el paciente. También está lo que el analista se propone que su paciente haga de él.” (Lacan, 1964, p. 165)

Lo que su paciente haga de él pone en juego la transferencia y el manejo de esta. La libertad del analista se encuentra alienada por el desdoblamiento que sufre su persona en el fenómeno de la transferencia: entre la persona del analista y el Otro del analizante.

Para precisar la cuestión de la Libertad de acción del analista en la dirección de la cura Lacan (1958) menciona tres niveles de la acción analítica: Estrategia, táctica y política del analista. En cuanto a la estrategia el analista es menos libre que en su táctica, y aún menos libre en aquella que domina a las otras dos: la política, “en la cual haría mejor en situarse por su carencia de ser que por su ser.” (Lacan, 1958, p. 563).

Su táctica se expresa a través de las interpretaciones que él realice. La estrategia encuentra su íntima vinculación a la transferencia, el lugar donde el analizante piensa encontrarlo, que es en el lugar de saber. Es el sujeto supuesto saber que la transferencia convoca al analista. Y la política del psicoanálisis remite a un “ética”, que refiere a la posición del analista.

Eric Laurent en el libro *Entre Transferencia y Repetición* va a decir que “...la interpretación es del orden de la táctica y la transferencia corresponde a lo que en el arte militar se relaciona con la estrategia.” (Laurent, 1994, p. 86) Parecería una ironía la de Lacan de utilizar estos términos del “arte bélico” en un momento en que los analista de la escuela inglesa median sus intervenciones en la supuesta agresividad de sus pacientes como manifestación de la pulsión de muerte.

Lacan advierte “Si el analista sólo tuviese que vérselas con resistencias lo pensaría dos veces antes de hacer una interpretación, como en efecto es su caso, pero estaría a mano después de esa prudencia.” (Lacan, 1958, p. 565) Considerando que el lugar desde el cual se interpreta los “dichos” del analizante es desde el lugar que la transferencia le asigna al analista. Es decir que las interpretaciones serán tomadas como provenientes de ese Otro al que el analizante le habla en la transferencia.

De esto se desprenden: como bien Freud señaló, que la transferencia supone “un falso enlace” o, un “error” para Lacan, que el analista aprovechará a condición de que interprete los efectos mismos de este “error” o “confusión”. Si esto no se tiene en cuenta el análisis quedaría en el plano de la sugestión.

¿Desde qué posición el analista dirige la cura? Desde el lugar que la transferencia le indica. Posición que está marcada por una suposición de parte del analizante. En un juego de palabras diremos que la transferencia nombra su posición.

Que el analista pague con su persona, con su ser, al prestarla como soporte de la transferencia determina un lugar que se encuentra carente o vaciado de su ser. Respondiendo a la pregunta que el autor realiza: ¿Cómo actuar con el propio ser?

La “ética” del psicoanálisis, que es su política, se inscribe en la noción de falta o carencia ser. Lacan la define como una posición “ética” que remite a una falta, a una carencia que convoca al deseo. El analista “está menos seguro de su acción cuanto que en ella está más interesado en su ser” (Lacan, 1958, p. 561).

Lacan enfrenta así a aquellos que aferrados a la “intersubjetividad”- donde habría dos sujetos- en un Psicoanálisis que el autor denomina “anti freudiano”, han pretendido bajo el nombre de una neutralidad cubrirse con la “mascara de un amo del deseo”. “Para los psicoanalistas de hoy, esta relación con la realidad cae por su propio peso. Miden sus defecciones en el paciente sobre el principio autoritario de los educadores de siempre.” (Lacan, 1958, p. 563)

Como dijimos al principio del capítulo, el deseo del analista es un concepto solidario a la ética en el Psicoanálisis. De esta manera quedan articulados el deseo del analista y la política del Psicoanálisis en la dirección de la cura.

En el punto 5 del apartado II de *La dirección de la cura y los principios de su poder* Lacan se pregunta ¿Cuál es el lugar de la interpretación? al respecto va a decir:

Pero éste es solamente el efecto de las pasiones del analista: su temor que no es del error, sino de la ignorancia, su gusto que no es de satisfacer, sino de no decepcionar, su necesidad que no es de gobernar, sino

de estar por encima. No se trata en modo alguno de la contratransferencia en tal o cual; se trata de las consecuencias de la relación dual, si el terapeuta no la supera, y ¿cómo la superaría si hace de ella el ideal de su acción? (Lacan, 1958, p. 569)

Que el analista pague con su persona y su juicio más íntimo o que opere en el análisis desde su falta de ser marca la posición desde la cual se dirigirá la cura. Esta posición es la que deberá tener para cumplir con el poder de la transferencia (Lacan 1961).

Lacan en último capítulo del *seminario VIII La transferencia* va a decir que el analista debe abandonar todo ideal para poder ocupar esta posición. Aunque que abandone sus ideales no implica que deba saber algunas cosas.

El abandono de los ideales del analista, donde se puede decir que hay una pérdida de ser, refiere al duelo en torno al cual gira el deseo del analista. Que ambos conceptos entren en relación nos permitirá articular con más precisión el deseo del analista a la dirección de cura.

Es en este seminario nos encontramos con el término *atopia* para referirse a la posición de Sócrates, que Lacan homologa a la del analista. Lo que nos invita a pensar que con *atopia* se refiere “insituable”, indicando que el analista se sitúa en ninguna parte de su ser. En otras palabras que no apoya sus intervenciones en algo referido a su persona o a su ser.

Esta suspensión de los ideales por parte del analista implica que abandone cualquier tipo de demanda de “ser” hacia el paciente: no se le demanda que sea bueno, ni inteligente, ni verídico. Solo se le pide que hable sobre lo que se le pasa por la cabeza, lo más superficial de su conciencia, la regla fundamental del análisis. Este acto es el de autorizar la palabra del analizaste (Miller 1998).

Cuando nos referimos a los ideales en el análisis estamos hablando de aquellos que refieren a obtener tal o cual resultado, especies de metas a las que debe arribar un tratamiento, que están al servicio de otra cosa diferente a la ética del deseo: como la adaptación, la homeostasis, el conocerse a sí mismo (este último un poco más “loco” que los otros), el cese de los síntomas, entre otros. En su libro “Cómo leer a Lacan” Slavoj Žižek señala:

“La crítica principal de Lacan a otras concepciones psicoanalíticas apunta a su orientación clínica: para Lacan, la meta del tratamiento psicoanalítico no es el bienestar, una vida social exitosa o la satisfacción personal del paciente, sino lograr confrontarlo con las coordenadas y atolladeros elementales de su deseo.” (Žižek, 2008, p. 14)

Si sus intervenciones no se apoyan en lo referido a sus ideales, a su ser o a su persona y menos aún en la suma de sus prejuicios, ni apunta a querer un “bien” para el analizante ¿Desde dónde se apoya para dirigir la cura?

En el texto *Pueden los legos ejercer el análisis* (1926) Freud advierte que la terapéutica no debe anular a la ciencia. Los intereses del médico y los intereses científicos deben encontrar puntos en los que puedan coexistir, sin estar el uno por encima del otro.

Es decir que el interés del psicoanalista debe ser la “cura”, pero como afirma Lacan en “Variantes de la cura – tipo” que el Psicoanálisis no es una terapia como las demás (Lacan 1955). Donde además de la técnica, cuenta con un rigor ético que sostiene la posición del analista.

En dicha posición no es el deseo de curar lo que pone en juego el analista o como Freud lo llamo: “furor sanandis”. Dice Lacan: “... pues la curación como beneficio por añadidura de la cura psicoanalítica, se defiende de todo abuso del deseo de curar...” (Lacan, 1955, p. 312)

El analista no se desentiende de los efectos terapéuticos del dispositivo analítico, solo que estos toman relevancia a partir de poder precisar la localización donde estos efectos se dan. De desconocer la localización donde se produce la cura estaría ejerciendo un acto de sugestión, y no propiamente un análisis.

Que la cura se produzca por añadidura implica que no es un fin de la labor del analista. Los efectos terapéuticos son una consecuencia y no la causa de un análisis. Y los criterios para estimar estos efectos no son exteriores al dispositivo analítico.

El duelo del analista: o la reducción de su “ser”

Como mencionamos en el anterior apartado los criterios para estimar los efectos de un análisis no son exteriores al dispositivo. Diana Rabinovich (2015) en el capítulo “el deseo del analista y la ironía socrática” dice la ausencia de común medida entre los objetos del deseo pone en juego el duelo del lado del analista. Esta ausencia de común medida es la que no permite estimar los efectos por fuera del dispositivo.

Este duelo se debe a la ausencia de que exista un bien supremo que pueda dirigir la cura, o que él deba ausentarse de todo ideal de analista como refiere Lacan en la clase XXVII del *seminario VIII* en la clase “El analista y su duelo”.

Retomando la pregunta: ¿desde dónde apoya el analista sus intervenciones en la dirección de la cura? Vamos a remitirnos a esta clase del seminario para articular las implicancias que tiene el deseo del analista, en tanto instrumento central en la dirección de la cura y la practica analítica.

Dijimos que no se apoyara en su persona, ni en sus juicios más íntimos, ni en lo que la sociedad le demanda como estándar de “salud” para dirigir la cura. Que el núcleo de las críticas de Lacan a los analistas del campo psicoanalítico de los años 60 iba en dirección opuesta al posicionamiento de estos desde un lugar de “saber” ordenado por los ideales de la ciencia: la estandarización, la burocratización y la asepsia.

En la clase “el analista y su duelo” comienza hablando de lo que es un analista y lo que está en corazón de la respuesta que debe dar para cumplir con el poder de la transferencia. (Lacan 1958) Lo que es, está marcado por la posición en la cual debe “ausentarse”: la de todo ideal. El “ausentarse” podemos pensar que refiere a tomar distancia del ideal, no que no los tenga.

En torno al ideal del analista dice que si hay algo del orden de lo ideal son sus “calificaciones”, su “saber”. Pero que estos no juegan un papel importante en su posición esencial. Podemos decir que del lugar que se ausenta el analista es donde el analizante cree que va a encontrarlo: el lugar de supuesto saber. La posición del analista no es sin el ideal, pero este debe realizar una operación para “ausentarse”, tomar distancia de este.

En la clase del 12 de abril de 1961, luego de hacer el recorrido de la dialéctica de la transferencia en *El Banquete*, Lacan va a decir que lo que debe ser el deseo del analista: “Para que el analista pueda tener aquello de lo que el otro carece, es preciso que posea la nesciencia en cuanto nesciencia” (Lacan 1961, p. 266). Esta nesciencia o también nombrada como docta ignorancia implica que el analista no sabe, es decir, no tiene un saber previo sobre el deseo de su paciente y tampoco utilizara un saber para educar los goces del paciente.

Del saber que se trata en un análisis, es el saber del inconciente. Entre las cosas que el analista no podrá desconocer, como también sabía Sócrates, es que el deseo del hombre es el deseo del Otro. “...sólo puede reconocer su deseo a nivel del deseo del Otro...” (Lacan, 1964, p. 243)

El analista mediante el deseo que pone en juego, que como dijimos no es un deseo como cualquier otro- sujeto a la metonimia, opera una función que le permite tomar distancia del ideal. Ideal en tanto saber, ideal que el lugar de la transferencia le asigna: “sujeto supuesto saber”. Este es uno de los movimientos que el deseo del analista opera en la economía del dispositivo analítico: el duelo por ausencia de que exista un bien supremo que pueda dirigir la cura. Quedan anudadas la política del analista, que es su ética y la técnica. No es suficiente con que el analista conozca algunas “vías” del análisis para que ocupe su lugar, es decir que conozca la técnica.

El deseo del analista no es un deseo, no apunta a alcanzar un objeto. Es una operación que permite tomar distancia al analista del Ideal y abre la interrogación por el objeto. En esto encontramos una posición opuesta con las “Psicoterapias”, ya que el ingreso de la función el deseo del analista comporta además de las diferencias “técnicas”, un posicionamiento ético: renunciar al poder de la sugestión, y abrir el campo del deseo del analizante.

La transferencia invita al analista a ocupar el lugar del Ideal, en la clase XXIII del seminario *La transferencia*, Lacan indica que desde muy temprano para el analizado el analista se constituye en su ideal del yo (Lacan, 1961, p. 370). No será desde este lugar donde intervenga, o más aun desde donde el analista dirija la cura.

Si el analista dirige la cura desde este lugar estaría operando sugestivamente y no de manera analítica. Es decir que propiciaría un dispositivo “limitado” al juego de identificaciones, relaciones de “yo” a “yo” sujetas al plano imaginario. En tanto de lo que se trata en un análisis es de la relación de un sujeto con su objeto, que como hemos dicho, en

contra de entender el análisis como una relación entre dos sujetos, Lacan plantea una relación entre un sujeto y un objeto (agalmático).

En la sesión del 28 de junio, Lacan va a trabajar el duelo en torno al cual gira el deseo del analista. Precisamos en los párrafos anteriores el duelo en torno al Ideal: no hay un bien supremo que permita la dirigir la cura.

El ausentarse de Ideal abre una interrogación en relación al objeto: “Es alrededor de la función del ideal como se acomoda la relación del sujeto con los objetos exteriores” (Lacan, 1961, p.438)

Más allá de situar las diferencias entre duelo y melancolía a partir del texto de Freud, Lacan sitúa un punto de confluencia entre ambos. Ambas presentaciones convergen en un cierto tipo de remordimiento causado por el “suicidio” del objeto. Este objeto que ingresó en el campo del deseo del sujeto y que luego desaparece. (Lacan, 1961)

Freud ya había indicado en el duelo “normal” las pulsiones del sujeto que se vuelven contra sí bien pueden ser pulsiones agresivas contra el objeto. La causa de este remordimiento, agrega Lacan, puede pensarse: “Si este objeto se ha escabullido de esta forma, si ha llegado a destruirse, entonces no valía la pena haber tenido con él tantos miramientos, no valía la pena desviarse por él de mi verdadero deseo” (Lacan, 1961, p. 439).

Lacan retoma en esta última clase del seminario la analogía con Sócrates, diciendo que lo que este sabe cómo lo que los analistas deben al menos entrever es que en el plano del objeto a minúscula la cuestión es bien distinta al acceso de cualquier ideal: “El amor sólo puede rodear esta isla, este campo del ser” (Lacan, 1961, p. 440)

Es decir que no bastara una referencia a la transferencia para guiar al analizante en relación a su deseo. Por su parte el analista debe definir las coordenadas para ocupar el lugar desde el cual dirigir al paciente hacia su propio deseo: “...aquel que le debe ofrecer, vacante, al deseo del paciente para que se realice como deseo del Otro.” (Lacan, 1960, p. 125)

Este campo que la transferencia “recortó” el analista debe dejar vacío para que advenga el deseo del analizante. Ya que sabe que cualquier objeto puede rellenarlo. Esto implica: “No hay objeto que valga más que otro- éste es el duelo a cuyo alrededor se centra el deseo del analista.” (Lacan, 1961, p.440)

En síntesis podemos decir que la función deseo del analista comporta el duelo por el ideal y por objeto. Es decir que el analista deberá operar esta función para poder ocupar el lugar desde donde dirigir la cura. Ya que si el analista se identifica al lugar del sujeto al que se le supone saber (lugar del ideal), y guía la dirección de la cura desde ahí se ofrece de ese modo como Ideal al cual identificarse, imposibilitando la pregunta por el deseo.

Al respecto en el *seminario XI* Lacan va a decir:

Es posible atravesar el plano de la identificación, por medio de la separación del sujeto en la experiencia, porque el deseo del analista, que sigue siendo una X, no tiende a la identificación sino en el sentido exactamente contrario” (Lacan, 1964, p. 282)

Podemos decir que si la transferencia ubica al analista en el lugar del ideal, será a partir de operar el deseo del analista el que permitirá tomar distancia de este. En la clase “En ti más que tu” del seminario XI la función deseo del analista es definida: “el mecanismo fundamental de la operación analítica es el mantenimiento de la distancia entre I y *a*.” (Lacan, 1964, p. 281)

En la misma clase postula el deseo del analista es un deseo Impuro en tanto da cuenta de la máxima diferencia entre el Ideal y el Objeto. Lo que se puede leer como el deseo de obtener una máxima diferencia.

Podemos concluir que el ingreso de la función deseo del analista tiene importantes incidencias en relación a como es pensada la dirección de la cura. Además de ser la punta de lanza sobre el cual se esgrimen las críticas a la “Psicología del yo” y los usos que esta corriente hizo de conceptos como contranferencia. El deseo del analista ordena el campo en lo referente a la transferencia y la contranferencia, sitúa el lugar del Ideal y el objeto en la práctica analítica. Y delimita su lugar al ejercicio de una función y no de un poder.

Otras consecuencias que se desprenden es que el analista no intervendrá desde los efectos contranferenciales, sino desde su deseo. Nombrado como X, lugar vacío donde advendrá el deseo del analizante.

La incorporación de tal función hace caer la concepción de la transferencia como una dinámica o relación entre dos sujetos (Safouan, 2015). El analista no será un espejo sin “marcas” al cual identificarse. El ideal que dirigía la cura entre analistas de la IPA era que el paciente alcance una relación “adulta” con sus objetos, y el analista debería ser aquel quien “educa” emocionalmente a sus pacientes para llegar a tales “metas”, proponiéndose el mismo como ideal.

El deseo del analista como vimos permite tomar distancia del Ideal y asumir el duelo de que no hay un bien supremo que permita dirigir la cura. Ya que esta será planteada en tanto la distancia de estos dos elementos: el ideal y el objeto. El analista se ubicara en su lugar en tanto puede ir estableciendo una diferencia entre ambos. La responsabilidad del analista en relación a la dirección de la cura es la de asumir un lugar ético.

El “poner al analista en el banquillo” (Lacan 1958) implica que el analista pueda dar cuenta de su práctica. Pero si este está ocupado por su “ser”, lo que puede leerse como: ocupado en la transferencia, no va a poder dar cuenta de lo que hace. La cura a partir de estos desarrollos se traduce en que estará dirigida desde la política: la de no dirigir al paciente, desde la estrategia que se pone en juego y la táctica que define los encuentros entre el analista y el analizante.

De esta manera la posición del analista ira en dirección opuesta a la estandarización del dispositivo analítico, y la burocratización de las acciones. La cura no estará regida por los criterios exteriores a la experiencia analítica, retomando la teoría del sujeto que inicio Freud con una ética que le es propia: la del deseo.

Apéndice A:

Conceptualizaciones actuales del deseo del analista.

En este apartado se relevarán aquellas conceptualizaciones actuales sobre el “deseo del analista”. Se tomarán aquellos autores contemporáneos de importancia dentro del campo psicoanalítico, y si bien no se abarca de forma completa sus obras, se desarrollan los puntos centrales que hayan desarrollado al respecto.

Conceptualizaciones de Jacques-Alain Miller: Deseo del analista: “lo más singular y la reducción a lo real”.

J.-A. Miller (2011) plantea que el deseo del analista no es del orden del hacer. Es del orden del acto. Que implica la suspensión por parte de este de cualquier tipo de demanda de ser hacia el paciente: no se le demanda que sea bueno, ni inteligente, ni verídico. Solo se le pide que hable sobre lo que se le pasa por la cabeza, lo más superficial de su conciencia, la regla fundamental del análisis. Este acto es el de autorizar la palabra del analizaste.

Conforme a esto dice que el deseo del analista es obtener lo más singular del sujeto, lo más singular que constituye su ser. Esta operación que llamamos el deseo del analista consiste en una ascesis, una reducción que no trata de una purificación, pero sí de obtener una diferencia absoluta. Esta diferencia no es pura pero representa una distancia entre el ideal y el deseo que causa al sujeto. Aquello que lo causa como tal. El analizante podrá decir: ...“ Yo soy eso, que no está bien, que no es como los demás, que yo no apruebo, pero es eso” (Miller: 1998, p. 40).

Esta concepción posiciona al psicoanálisis en relación a otros discursos “totalizantes” o “universales” en manifiesta oposición. En tanto si el deseo del analista es obtener lo más singular del sujeto, cada análisis representa algo único e irrepetible. Se verifica así que el ingreso a la teoría del deseo del analista constituyó una clara oposición a la burocratización del dispositivo y la estandarización de la cura.

Esta concepción del deseo del analista supone la búsqueda de una “marca” en el sujeto, con la cual el sujeto podrá hacer algo diferente o no, pero que no debemos confundir

con la búsqueda de un sujeto original. No se pretende un sujeto fiel a “sí mismo”, lo que llevaría a plantear un nuevo ideal.

En el mismo texto el autor dice que Lacan dio como respuesta el concepto de deseo del analista ante las modas que se imponían en la Asociación Internacional de Psicoanálisis (IPA). Conceptos como el de contratransferencia sufren un desplazamiento a partir de ese momento.

Al respecto Miller dice:

En este lugar Lacan inscribía el deseo del analista, pero dándole un valor completamente distinto de aquel de la contratransferencia, entendía como deseo del analista una función simbólica que se encarnaba en el analista, pero sin movilizar en él su inconsciente (Miller: 2011, p. 94).

Para el autor este desplazamiento que supone una función simbólica encarnada por el analista, es la pregunta por el sentido de lo que el analizante dice: ¿Qué quiere decir con lo que está diciendo?, y lo que se destaca de la pregunta es el “que quiere” con esto que dice. Y este sentido depende del destinatario del discurso: el analista.

Esta pregunta se invierte, en su retorno, y surge en el analizante la pregunta: ¿qué quiere él, el analista? Surge una incógnita, una x, en el lugar del deseo del analista. Un enigma que producirá discurso en el analizante y está en el lugar de la significación.

Si en Freud el lugar del analista representa un sujeto, aun alienado a la posición donde la transferencia lo ubica, en Lacan el lugar del analista va en el sentido de una función. Esta función esta vaciada, al menos eso se pretende, de la persona del analista designada con una x.

El autor advierte que el deseo del analista no es la “voluntad de semblante”, no es querer ser analista o querer la falta como lo expreso Lacan. Como hemos mencionado en este trabajo no se tratara del deseo de “ser” analista.

Otra de las versiones que J.-A. Miller realiza del deseo del analista la ubica como una redefinición del mismo en el marco de repensar las teorizaciones de Lacan en el siglo XXI. En

este contexto el autor define al deseo del analista como: “un deseo de alcanzar lo real, de reducir al Otro a *su* real y liberarlo del sentido.” (Miller 2012)

Sobre esto el autor nos indica que no es un deseo puro tal como Lacan lo formuló, en el sentido de que no es una pura metonimia infinita. No responde a la lógica del deseo.

Desde esta lectura del deseo del analista la Transferencia es un velo o una defensa contra lo real del inconciente. En transferencia hay una intención, la de decir, la de que el analista diga algo.

En cambio en lo real del inconciente la modalidad tomaría la forma de un: “así es”, donde se pierde la intención o esta pierde vigencia. Esta reducción de lo real en lo que consistiría el deseo del analista podemos tomarla como un intento a través de la operación que el analista intenta despojar de los velos imaginarios y simbólicos que la transferencia ofrece.

El autor refiere:

El inconciente Lacaniano, el del último Lacan, está al nivel de lo real, vamos a decir por comodidad, "debajo" del inconciente freudiano. De tal manera que, para entrar en el Siglo XXI, nuestra clínica deberá centrarse sobre el desbaratar la defensa, desordenar la defensa contra lo real. (Miller 2012)

Si con Freud de lo que transcurre en la clínica es hacer consiente lo inconciente a partir del “levantamiento” de las represiones, desde esta lógica supone otra dimensión, sería desmantelar las defensas contra lo real del inconciente.

Conceptualizaciones de Gerard Pommier: Deseo del analista o deseo de ser analista.

Gerard Pommier en su texto “A propósito del fantasma de devenir Psicoanalista” (2001) propone una lectura del deseo del analista e interroga la cuestión de tal deseo y del fantasma que lo causa.

El deseo del analista, según el autor, no es un deseo puro y como cualquier otro deseo esta articulado con el fantasma. El autor se pregunta si tal deseo es un deseo nuevo, o se trata de un impasse de un deseo ya esbozado.

La opinión que circula en el campo psicoanalítico es que tal deseo es del orden de la exclusividad a quienes practican el análisis, es decir a los analistas. Una especie de deidad que recubriría los dotes de estos para llevar a cabo el trabajo de analizar indica el autor.

Nos encontramos según el autor en hacer equivaler la figura del analista a la figura del santo. Quien prestara auxilio a sus semejantes en las situaciones de desvalimiento.

No se trata de un deseo puro tal como lo formulo el Lacan, el deseo del analista como cualquier otro deseo se encuentra articulado al fantasma. Este fantasma lo entenderemos como una construcción tal como Freud (1919) en *Pegan a un niño*, es decir que no es meramente una escena original imaginada que se recuerda sino una que escena que se construye. Este fantasma comandara el resto de las fantasías del sujeto.

El fantasma es anterior a toda historización del sujeto, pero es necesario su historización para la construcción del mismo en un análisis, nos dice Pommier.

El problema reside en la articulación de la historia con la estructura del sujeto. Al respecto Pommier dice: “Se trata del mismo problema evocado por Freud a propósito del Hombre de los lobos, cuando se pregunta si la construcción de la escena primitiva a partir de un sueño corresponde a un fantasma, o si procede de recuerdos infantiles...” (Pommier 2001, p. 173)

Así el deseo del analista, desde un punto de vista histórico, se podría localizar los puntos de emergencia en articulación con la dramática edípica. Al respecto el autor nos dice: “A propósito, sería verdaderamente

extraordinario que, contrariamente a todos los demás sujetos, los analistas no inscriban su vocación bajo uno de estos avatares.” (Pommier 2001, p 172)

Intentar conceptualizar el deseo del analista sin la articulación con el fantasma nos llevaría a pensarlo como un deseo sin causa. Una especie de providencia divina dice Pommier, y dar credibilidad a esto es desentenderse del hecho que es el deseo el que dirige a cada sujeto a una actividad. Si bien no es una cuestión sencilla el descubrir la especificidad que ha constituido el deseo de tal analista.

A cambio de tal especificidad se han dado formulas generales a lo largo de la literatura psicoanalítica. Desde el deseo de analizar, el deseo de saber, el deseo de escuchar, etc. Estas versiones han llevado a conceder por un lado al deseo del analista un carácter enigmático o ligado a las buenas intenciones del Analista.

Al respecto en una lectura atenta en lo planteado por Lacan (1974) de que no hay un deseo de saber, más bien hay un horror a saber al agujero en el saber, nos alertan acerca de las definiciones que reducen el deseo del analista a un “deseo de saber”.

En este punto en la "Nota italiana" (1974), se señala que es necesario para un analista haber podido cernir, por su análisis, "la causa de su horror, del propio, el suyo, separado del de todos, horror de saber", para poder hacerse cargo del deseo de saber, que se liga al entusiasmo del Analista. En todo caso el analista debe saber aquello que ignora.

Estas concepciones que hacen equivaler el deseo del analista a un “deseo de saber” dan como resultado que la posición del analista sea el lugar del Ideal. Lo cual las intervenciones que realice serán en la línea de la sugestión.

El autor distingue el deseo de “devenir analista” y el “deseo del analista”. En cuanto un sujeto desea “ser” o devenir analista no se plantea espontáneamente de porque desea ejercer esa función: “Siempre ha sido necesario hacerle ver que sería útil trabajar el problema antes de comprar un diván.” (Pommier 2001, p. 173)

Poner en cuestión este deseo de devenir analista permite desmontar la cronología del mismo y una articulación al fantasma del sujeto. De lo que se trataría es de articular la

historia y el fantasma, que como hemos dicho la historia no sería lo que es sin el fantasma que es anterior a la historia del sujeto, pero que sin la historia no se puede “construir” el fantasma.

El fantasma aúna varios conceptos del Psicoanálisis. Haremos una mención en lo posible breve, coordinadas “básicas” para saber a qué nos estamos refiriendo.

Recordemos que Lacan da una fórmula del fantasma, es decir hay un enlace entre diferentes elementos: sujeto barrado, lonsange (articulador que define la relación entre los elementos) y el objeto a. El enlace se establece entre el sujeto y el objeto.

Es decir una manera particular en que el sujeto y el objeto se “relacionan”. Esta manera de relación supone un encuentro- desencuentro entre el sujeto y el objeto. Una relación que podemos tildar de imposible en tanto siempre queda un resto de esa relación que queda por fuera de esta fórmula. Este desencuentro o destiempo entre el sujeto y el objeto hace que la aprensión del fantasma no sea por la interpretación, sino por una construcción.

Hemos mencionado que no era meramente una escena imaginada por el sujeto y que esta adquiriría sentido a partir de una construcción, paso a paso, como Freud nos muestra en *Pegan a un niño* (1919). De ahí que no sea interpretable como el resto de las formaciones del inconsciente. Es decir que la fantasía toma una estructura, esta “organizada” a través de lo que Lacan denominó el fantasma.

Según Le Gaufey: “El fantasma es lo que realiza en todo ser hablante esta imposible relación con el Otro...” (G. Le Gaufey 1983, p. 47). Y según Pommier el deseo del analista deberá chocar con la puesta en escena del fantasma.

Para Pommier: “el fantasma convoca al sujeto a un cierto lugar, y este último encuentra entre sus semejantes los personajes y los acontecimientos que le dan consistencia a ese lugar.” (Pommier 2001, p.173) El movimiento para que advenga el deseo de analista, sería el atravesamiento de las diferentes identificaciones del sujeto.

El deseo de devenir analista o ser analista, según el autor, es un desplazamiento del enigma del propio deseo a los deseos de otros que sufren. El fantasma de devenir analista constituye, desde esta lógica, una manera de protegerse del propio deseo. La lógica seguiría este camino: de un deseo edípico oculto que sufre una dislocación o desplazamiento hacia un querer “curar”- hacer el bien.

En el recorrido de diferentes textos que se han realizado hasta el momento para este trabajo nos encontramos con una manera “original” en la conceptualización del deseo del analista.

Pommier continúa diciendo:

En cierto modo, “se” quiere curar (“on” veut soigner) bajo el reverso del fantasma “pegan a un niño”. Es cuando se logra la subjetivación de ese “se” que la chispa del deseo de ser analista pone al fuego otra cosa: el deseo del analista. (Pommier 2001, p. 174)

De lo que se trata es que el analizante pueda dar cuenta de aquellos motivos inconscientes, trabajo analítico mediante, que lo llevan a querer “ser” analista. Y que luego de “descubrir” estos motivos inconscientes de carácter edípicos aun así persevere.

En un segundo movimiento, luego de tomar conocimiento de las fuentes de su deseo de curar (siempre edípicos), se intenta una denegación de ese querer curar. Esta denegación posibilita la instalación del deseo del analista. Aunque para el analista sigue siendo enigmática, enigma también indicado con la X, es este punto de desconocimiento que lo incita al trabajo para poder comprender algo al analizar.

Conceptualizaciones de Serge Cottet. Deseo del analista: La ética en Freud.

Cottet, S (1984) plantea que la reducción del deseo del analista a su propio fantasma nos lleva a pensar al dispositivo como una relación de a dos: “analizante” y “analista”, con consecuencias clínicas como la ubicación del analista en el lugar de Ideal, que orientaría la cura en términos de identificación con la figura del Analista.

Para el autor si bien en Freud no ha sido un tema desarrollado el deseo del analista. Este es equivalente a muchos problemas enunciados a lo largo de su obra, tales como: la sugestión, los ideales del analista, la idea del final de análisis, la ética de Freud que encuentran un punto de vectorización en el deseo del analista.

Cottet dice que si los analistas aceptan encarnar el sujeto-supuesto-saber es para dar paso al sujeto-supuesto-deseo (Cottet, 1984), aquel que hará al analizante preguntarse che vuoi? para desplegar a continuación su fantasma. Ubicando el deseo del analista como una función que está vacía de su contenido. El analizante es quien vuelque sus contenidos en ese vacío: lo que dice desear será traducido en análisis en el lenguaje del deseo del Otro. Si la transferencia ubica al analista en el lugar del objeto, el deseo del analista lo revela como sujeto: el analista oscila entre ambas posiciones para este autor.

Durante mucho tiempo el silencio, la apatía, la “neutralidad” habían sido los puntos cardinales del psicoanalista. Virtudes que expresaban un no querer nada, no desear nada, que garantizaban la conducción de la cura. Un modo en el que el analista se sustraía de la sugestión que podía ejercer sobre el paciente.

El autor se pregunta si con tales maniobras el psicoanálisis se puede sustraer del discurso de dominio y si acaso para sustraerse de tales dominios esto implica que su deseo desaparezca.

En lo que concierne a su deseo, resultaría una paradoja que el analista reivindicque una neutralidad para sí mismo cuando él mismo fue conducido al lugar que ocupa por los caminos que el intenta despejar para aquel que tiene a su cargo.

El deseo del analista conserva la dimensión “erótica”, como lo fue para Freud designado como “lujuria”. Desde esta lectura hay cierta comunidad entre el deseo del analista y el paciente. Es decir se le atribuyen las mismas características. Pero estas no deben hacernos confundir el deseo en su aspecto “subjetivo” de aquel aspecto que remite a una función específica dentro de un análisis que Lacan designo como una X.

Para el autor el deseo del analista se desdobla. O le es supuesto al analista o el enuncia algo en que su deseo es pasible de ser ubicado.

Conceptualizaciones de Jean Allouch. Deseo del analista: ¡ser un cualquiera!

Jean Allouch en su libro “El amor Lacan” (2011) realiza aportes sobre el deseo del analista. Las primeras menciones que realiza el autor ponen al deseo del analista en relación al duelo. Sugiriendo que el analista frente al analizante debe además de callar el amor como respuesta al amor de transferencia, resignar todas sus insignias y la obra de toda una vida y asumirse como una nada.

Dichas afirmaciones son equivalentes al abandono de los ideales del analista, donde se puede decir que hay una pérdida de ser. El autor hace referencia a una cita que ubica en el *seminario de La transferencia* de Jaques Lacan (1960) donde se refiere al duelo en torno al cual gira el deseo del analista, que ambos conceptos entren en articulación es propio de este seminario.

La cuestión del duelo del analista se centra en que no hay un objeto que valga más que otro en el campo del deseo. El autor aclara que es en el campo del deseo y no del amor. Pero el analista deberá estar advertido, no de manera intelectual o teóricamente de que él es un “cualquiera”. El duelo de ser alguien, un des- ser, no rechazar ser un cualquiera le permitirá que opere eficazmente el deseo del analista.

El lugar del analista es aquel que vaciado de su subjetividad, o en la vacilación de esta, permitiría que opere el deseo del analista. El autor se pregunta si alguna vez un duelo permitirá el acceso a dicha posición subjetiva.

Si la transferencia ubica al analista en no ser un cualquiera para el analizante, al menos en una de sus vertientes, el deseo del analista permitiría al analizante liberarse de la transferencia y pueda decir: ¡Era un cualquiera! Este cualquiera es la primera de las formas que toma en la obra de Lacan lo que luego va a llamar des- ser (*désêtre*).

El duelo al que refiere Lacan, según el autor, no es de un objeto exterior a sí, sino de aquello que se ubica en la causa que hace que cada uno sea. Allouch agrega “Dicho de otro modo: en tanto que sujeto, yo no soy un significante, yo no me caracterizo, como el significante saussuriano, por el hecho de ser eso que todos los otros no son.” (Allouch, 2011, p. 145)

En relación al duelo de sí que permite que opere el deseo del analista, el autor considera las palabras de Lacan del 15 de mayo de 1955: “si se forman analistas, es para que

existan sujetos tales en los que el yo esté ausente” (Allouch, 2009, p. 465) Es decir que el deseo del analista es posibilitado por el duelo del yo del analista.

Allouch va a decir que en el *seminario VIII La transferencia* es donde por primera vez Lacan liga la cuestión del amor a la transferencia. Hasta el momento la cuestión del amor no había sido problematizada como Lacan lo va hacer en dicho seminario. Seminario donde presenta una lectura “innovadora” sobre “*El Banquete*”. La manera en que Lacan problematiza el amor es la ubicación de diferentes funciones: el *erastés* o el amante, y el *enrómenos* o el que es amado.

De esta manera el sujeto en el dispositivo analítico ya no es aquel que anhela que el otro caiga en las redes del amor. No es el que se hace amar, y así reconocer su deseo. El que está en posición de analizante tendrá que vérselas con el deseo del Otro como lo pone en juego el deseo del analista.

Aunque este deseo sugiera al analizante un interrogante, una incógnita: ¿qué me quiere? El deseo del analista cuestiona el deseo del analizante en tanto que el analista no responde a la demanda, y de esta manera le impide al analizante sustraerse de la pregunta por la causa de su propio deseo. El deseo del analista cumple una función específica desde esta perspectiva y tiene una incidencia particular en el despliegue del dispositivo analítico.

El deseo hasta el seminario de *La Angustia* (1962) era pensado desde la filosofía Hegeliana. Donde el deseo del otro “me” reconoce. Lacan abandona parcialmente al deseo como reconocimiento y lo que conlleva de coacción. Así el deseo del otro no me reconoce, sino causa mi deseo y por lo tanto me cuestiona.

En esta dirección no es la violencia (coacción) lo solicitado ante el deseo del otro, sino la angustia. Y es para Allouch a este deseo que no me delimita como objeto que Lacan engancha con el deseo del analista.

El Autor siguiendo a lo dicho por Lacan en el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis*, en la sesión del 24 de junio de 1964, donde el deseo del analista es definido como un deseo que no es puro y que apunta a obtener la diferencia absoluta. Esta diferencia absoluta debe entenderse como la máxima distancia que sea posible entre el fenómeno de la transferencia y el objeto que causa de su deseo. Para el autor mantener esta distancia de orden dinámico supone un “tensión” análoga a la producida por la transferencia.

Detrás del llamado amor de transferencia se afirma el lazo entre el deseo del analizante y el deseo del analista. Lo que permitiría esta articulación, aunque opaca según el autor, es la existencia de un objeto singular: el objeto a. Lo que se puede traducir como “hueco” donde advenga el deseo del analizante como deseo de Otro.

El objeto a no servirá como soporte a la “amabilidad” de la transferencia, es decir el amor de transferencia no lograra que el objeto sea reducido al servicio de este amor. El autor toma de Lacan un pasaje del seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* para referirse al objeto a, y lo que posibilita la puesta en juego de tal objeto en el análisis.

El autor dirá:

El objeto a seguirá siendo esa parte de sí mismo para siempre perdida en la vida, que se constituye por el hecho de que no es más que un ser vivo sexuado y que ya no es inmortal (Allouch 2009, p. 243).

Este objeto permite un desplazamiento del amor al deseo en el dispositivo analítico. La transferencia como fuerza de tensión debe hacer converger el punto donde el sujeto se ve “amable” y aquel por el que se constituye como falta por el objeto a.

Para Allouch es condición necesaria para que opere el deseo del analista el duelo de sí por parte del analista. Y sin este duelo el instrumento por el que se accede al deseo del analizante no puede operar. Es decir se realiza una operación que implica una pérdida de ser y lo que resulta de dicha operación permite que el deseo opere.

Conclusiones

A partir de lo trabajado en la exploración sobre el concepto deseo del analista podemos arribar algunas conclusiones. Las mismas serán expuestas siguiendo el orden de los temas trabajados a los fines de facilitar la lectura.

Hemos precisado el arribo del concepto a la teoría de Lacan a partir del *seminario VIII "La transferencia"*. Si bien hay menciones en anteriores seminarios, el mismo toma peso y articulación con otros conceptos a partir de este seminario. Diana Rabinovich (2015) y Moustapha Safouan (2015), ambos exponentes del psicoanálisis, coinciden en el arribo a la teoría a partir de este seminario.

Encontramos que las razones que justifican su ingreso van más allá de una mera sustitución al concepto de contranferencia. Lacan pretende a partir del concepto deseo del analista marcar un punto de retorno a Freud que integre las conquistas de la ética del psicoanálisis (Lacan 1958).

Inferimos las razones que justifican el arribo del concepto deseo del analista a la teoría psicoanalítica: 1) Marcar una diferencia con las teorías de la contratransferencia de la época. 2) superar las complicaciones en las que el Psicoanálisis se encontraba en afán de alcanzar la neutralidad. 3) Reafirmar el carácter subversivo de la concepción Freudiana del Deseo y su incidencia en la Ética del Psicoanálisis.

Advertimos que el deseo del analista se convirtió en la punta de lanza de las críticas a la Psicología del yo, más precisamente a las concepciones de transferencia y contratransferencia que los analistas del campo psicoanalítico de los años 60, principalmente los agrupados en la I.P.A (Asociación Psicoanalítica Internacional), sostenían. Ubicándolo de esta manera en el contexto técnico del psicoanálisis.

Dijimos que psicoanálisis de la época, en especial la escuela inglesa, se encontraba ligada al ideal cientificista. Las búsquedas de la neutralidad y la comprobación ligadas a la

experimentación son los estandartes de dicha escuela. Mediante la exaltación de la técnica se busca cernir el campo de problemas que suscita los fenómenos de la transferencia y la contratransferencia. Lo que produjo un intento de estandarización y burocratización del dispositivo analítico.

Por tales motivos inferimos que Lacan al tomar a los griegos plantea la búsqueda de una ética en el lugar de la técnica. Por lo cual sostenemos que esta lectura no es meramente un gesto de erudición y responde al sentido de ir en contra del cientificismo; lugar que el mismo Freud se prohibió como afirma Milner en *La Obra Clara (1996)*. Servirse de la filosofía supone para Lacan disolver la falsa pertenencia del psicoanálisis a los ideales cientificistas, y a negarse a conducir la práctica analítica hacia esos ideales.

Luego de recorrer los principales textos Freudianos sobre la transferencia advertimos que el fenómeno suscito interrogantes y dificultades desde el comienzo de su conceptualización hasta el final de su obra. Tanto la pregunta por la fuente del fenómeno como su manejo en la clínica.

A partir de la lectura de los textos pudimos establecer que transferencia no es un fenómeno que tenga sus fundamentos en el dispositivo analítico exclusivamente. Sino que los fundamentos están en el Amor. Un amor clisé, Freud dirá, que se repite, que ha alcanzado cierta trayectoria en la vida del sujeto. Este es uno de los aspectos de la transferencia: su carácter de repetición. Esta última, se anuda a la insatisfacción que es la que será volcada en la figura del analista.

De esta manera el analista se inscribe así en una serie que el paciente ya ha formado anteriormente. Los factores que le otorgan un carácter particular al amor de transferencia, sean éstos productos del azar o de la determinación, dependen de lo que el sujeto despliega en ella. Lacan dirá: "... modos permanentes según los cuales constituye sus objetos" (Lacan, 1958, p. 219).

En relación al manejo del fenómeno de la transferencia vimos, tal como Freud lo demuestra, que el amor hacia la figura del analista, pivote del éxito terapéutico, es también fuente de fuertes resistencias. Se produce un detenimiento de las asociaciones del paciente, el cual siguiendo a Freud, encubre las ocurrencias respecto a la figura del analista o algo que le pertenece al él.

Establecimos que la resistencia es al trabajo del análisis. Lo cual implica que las resistencias son al analista, a la regla fundamental que él enuncia: asocie libremente, diga lo que se le venga a la mente por más insignificante que le parezca (Freud, 1912). Indicando dos fuentes que actúan conjuntamente en la resistencia: la primera por introversión de la libido hacia lo inconciente, debido a la frustración de la satisfacción por parte del mundo “exterior”. La libido vía camino de la regresión ocupa lugares donde antes fue satisfecha. Con lo cual el trabajo del analista con respecto a esta fuente sería la de volver a poner al servicio de la “realidad objetiva” estos montos de libido. Las mismas fuerzas que causan la regresión constituyen fuente de resistencia para al trabajo.

La segunda fuente que actúa es de orden constitucional y refiere a lo reprimido primordial ejerce cierta atracción sobre la libido y que será trabajo del análisis la cancelación de la represión. Así tratamiento analítico consistiría entonces en ir venciendo las resistencias que obturan el acceso al material mnémico que el paciente ha olvidado y que actualiza en el amor a la figura del analista.

Pudimos observar que en varios momentos de su obra Freud destaca el papel que juega la transferencia en la cura psicoanalítica. Llegando a plantear que el motor de la cura es la transferencia de amor.

Establecimos que en relación a las dificultades que la transferencia presenta en relación a cómo manejarla Freud es claro: ni se deberá responder a la demanda, pero tampoco rechazarla. Las demandas de amor por parte de los pacientes no deben ser rechazadas, y tampoco responder a ellas.

Lo que nos lleva a separar y diferenciar la práctica analítica de las prácticas moralizantes. Lo propio que distingue al análisis es su carácter Ético, y no moral. Esto es lo específico del tratamiento analítico, mantener la transferencia, no corresponderla y aguardar que los síntomas se organicen en su interior, y así, a través de ella producir las interpretaciones que conlleven a disolverla.

Arribamos que el fenómeno de la transferencia no es mera repetición a partir de lo dicho por Lacan el seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis* (1964) y que comporta una dimensión que nada tiene que ver con la repetición, sino más bien de una construcción.

Atendiendo a la primera división que encontramos en relación al fenómeno de la transferencia donde Freud se pregunta por el carácter constitucional del fenómeno pudimos deducir la cuestión pulsional en respuesta a la pregunta sobre la fuente.

Mostramos con los textos Freudianos trabajados que la vía de acceso al objeto que causa el deseo es la vía del amor, y en el dispositivo analítico el amor es amor de transferencia. De la transferencia destacamos su fuente: lo pulsional; y el manejo del fenómeno en la experiencia analítica: la demanda. Con lo cual estos dos elementos se aúnan en el fenómeno transferencial.

A la segunda cuestión que referimos, al manejo del fenómeno de la transferencia, lo vinculamos a preocupación por la demanda, que venía a responder a cómo actuar frente a los requerimientos de amor del paciente.

A los fines didácticos ubicamos del lado de la transferencia: el amor, la demanda, las resistencias, el desplazamiento y la metonimia del deseo. Mientras que del lado de la repetición situamos: la pulsión, sus fijaciones y el retorno al mismo lugar.

Expusimos que el concepto deseo del analista no era un mero remplazo del concepto de contratransferencia, concepto del que buena parte campo psicoanalítico del momento había edificado una forma de pensar la clínica y la teoría freudiana. Definimos este último como la como una “respuesta total” del analista al analizante, como interpretación, sentimientos o comportamientos que despertara la transferencia en el analista y que conllevara a un acto de parte de este (Iunger 2011). En este contexto situamos al deseo del analista como un instrumento que permite operaciones dentro del análisis y que convoca a una ética del dispositivo analítico con marcas que diferencia a la práctica clínica psicoanalítica de otras disciplinas, que va más allá de los efectos contratransferenciales que se produzcan en el analista.

Postulamos que Lacan ubica entre el problema de la ética y la clínica la interrogación por el deseo del analista. Y que para responder a los problemas que surgen en la práctica clínica el autor propone la elaboración de una ética que encuentra su fundamento en el deseo: “Está por formularse una ética que integre las conquistas freudianas sobre el deseo: para poner en su cúspide la cuestión del deseo del analista.” (Lacan 1958, p.586).

Observamos que Lacan toma la figura de Sócrates para referirse al deseo del analista. Y sirviéndose del análisis de “El Banquete” para hablar del amor, y toma fundamentalmente

la escena final. Escena que el autor traducirá en términos analíticos, diciendo que la relación de Sócrates, Alcibíades y Agatón constituye una situación análoga a la experiencia analítica.

Dimos cuenta que en la primera parte del *seminario VIII* comenta la complejidad de la cuestión de la transferencia y como no es posible reducirla a lo que sucede en el analizante. De esta manera el deseo del analista es articulado a lo que sucede en el amor de transferencia, y Sócrates muestra este camino para Lacan. Establecimos que lo común entre Freud y Sócrates, en principio, es la introducción del deseo en posición de objeto. De esta manera ser deseado por el Otro es el objeto mismo del deseo, lo que desplaza el acento del objeto amado al sujeto amante. Si lo deseable es ser deseado, si lo que quiero del otro no es el ser del otro, sino su deseo como objeto en sí.

Así advertimos siguiendo a Lacan que la posición del amante resulta aún más paradójica que en la sociedad misma, y el hecho de aislarse con otro para “enseñarle” lo que falta supone una relación diferente del sujeto con el agujero en el Otro, el Otro como deseante. Por lo tanto desde esta lógica las categorías del ser y tener quedan desplazadas, en el lugar del amor está el deseo y en el de la belleza la verdad.

Comentamos siguiendo a Serge Cottet (1984) que si bien en Freud no hay una conceptualización del deseo del analista, si encontramos temáticas que pueden ser equivalentes como: los ideales del analista, la idea de fin de análisis y el manejo de la transferencia. Esta serie de problemas hacen legibles cierta equivalencia entre el concepto del que es objeto este trabajo y los interrogantes que plantean los escritos técnicos de Freud.

Avanzamos luego en la conceptualización del deseo del analista tomando a Diana Rabinovich (2015) quien dice que el analista debe ofrecer un lugar vacío, vaciar el lugar que ocupa su propio deseo como sujeto del inconciente. En este vacío es donde podrá alojarse el deseo del paciente como deseo de su Otro. De esta manera determinamos que el analizante no accede al amor o a un ideal por medio de ese vacío que ofrece el analista, a lo que accede es a un objeto. Es por el amor que encuentra la vía de recortar ese objeto que es causa del deseo. Siguiendo lo dicho por Lacan en “la dirección de la cura y los principios de su poder” (1958) establecimos que este objeto tiene las características del objeto parcial Freudiano, a priori puede ser cualquier objeto. Estos objetos carecen de una medida común, es decir que valen según cada sujeto.

Quedando Definido el deseo del analista como lugar vacío que aloja el deseo del paciente representa una X, una incógnita, una ecuación que el analizante deberá “resolver” en tanto es la pregunta sobre el deseo, de él, del Otro: ¿Que me quiere? .

Otra de las dimensiones que trabajamos es la del deseo del analista a la que Lacan refiere en *el seminario XI “Los cuatro conceptos fundamentales del Psicoanálisis”* donde en la clase XX “En ti más que Tu” postula el deseo del analista es un deseo Impuro en tanto da cuenta de la máxima diferencia entre el Ideal y el Objeto. Arribamos que el deseo del analista es una operación de separación o diferencia absoluta entre el Ideal y el objeto; el significante y el goce; el significante y el Otro. Remarcamos el carácter de diferenciación absoluta del deseo del analista en su función de corte tal como Lacan lo formuló.

Pudimos establecer que el analista debe vaciar el lugar de su deseo subjetivo y de sus ideales. Con lo cual el deseo del analista como concepto implica una ruptura con un saber “aplicable” de modo estandarizado.

Es decir un saber acerca de lo que carece una medida común: el deseo, el objeto y la causa. Saber que nada podrá decir de cada caso en particular sin antes escuchar. De esta manera establecimos una diferencia entre la verdad para el discurso científico y la verdad subjetiva.

La verdad de cada sujeto resulta así una posibilidad: ni necesaria, ni imposible. Con lo cual pudimos mostrar como Lacan se opone fuertemente a este dogma que supone el posicionamiento del analista desde un lugar de “saber” ordenado por los ideales de la ciencia: la estandarización, la burocratización y la asepsia.

Pudimos relacionar la cuestión de la verdad subjetiva con el interés de Lacan por cómo es caracterizada la verdad en Platón, la cual refiere siempre al orden del discurso. Para hablar del amor encuentra en Sócrates una posición ante la verdad, entendiéndola como de dominio del discurso, y que no hay un discurso del discurso. El amor es del orden del discurso, y el discurso nos viene del Otro como el deseo. En esto se funda la Transferencia: en amar el saber, pero en verdad es un saber que el analista ignora.

Establecimos que Lacan en el *seminario VIII* va a tratar la transferencia desde su disparidad subjetiva donde hay una presunta o falsa situación y sus excursiones técnicas.

Dijimos que esta disparidad subjetiva anticipa a lo enunciado en *seminario XI*: “Freud formula expresamente que de ninguna manera puede considerarse el amor como representante de lo que él mismo interroga con el término *die ganze Sexualstrebung...*” (Lacan: 1964, p.

182). Que se traduce en “no hay relación sexual” y que pone en discusión que entre el amante y el amado, el *erastés* y *erómenos*, se inscriba relación sexual alguna en términos de complementariedad.

Afirmamos que en relación a la transferencia tal enunciación se revela contra la idea de intersubjetividad en el dispositivo analítico y lo esencialmente impar que el fenómeno tiene. El dispositivo ya no es entendido como lo que sucede entre dos sujetos, sino lo que sucede entre un sujeto y un objeto (agalmático).

Hemos dado cuenta que el ingreso del concepto deseo del analista reorganiza el campo de la transferencia y la contratransferencia. A su vez el concepto incide en la dirección de la cura. Vimos que hasta ese momento la transferencia era pensada como un fenómeno dual, exclusivamente en el plano de la intersubjetividad, de un otro a otro. La situación analítica era descrita desde una asimetría más o menos explícita entre el paciente y el analista. Pero a partir de fines de los años 50 y principios de los 60 Lacan sitúa la transferencia en el corazón de la experiencia analítica, pero anuncia que se deberá hacer una topología adecuada para rectificar del uso que se hace del concepto.

Concluimos que con el ingreso del concepto deseo del analista se subvierte la economía del dispositivo. Ahí donde los posfreudianos apelaban a la contratransferencia para establecer los criterios de intervención. El deseo del analista introduce una dimensión que está más allá de la instrumentación de la técnica y agrega una dimensión: la del deseo. Tal como Freud fue capaz de tomar en cuenta el deseo en el tratamiento de los padecimientos psíquicos, Lacan elabora una ética que marca una posición desde la cual intervenir en el dispositivo analítico. Posición que le permite tomar distancia de los ideales, lo que comporta asumir un duelo: el que no haya un bien supremo que conduzca la cura y que el analista se asuma más allá de sus propios títulos, es decir sus saberes.

El trabajo de exploración nos ha permitido desambiguar las concepciones que han intentado darle contenido al deseo del analista tales como: deseo de analizar, deseo de escuchar, deseo saber, etc. Es en dirección contraria arribamos a la idea que el deseo del analista interviene en el dispositivo al estar vaciado de contenido, produciendo una incógnita (X) en la que advendrá el deseo del analizante. Y por la cual abrirá el camino para que el analizante se pregunte por su deseo.

El hecho de que el deseo del analista no represente un deseo en sí, sino una operación que permite hacer un lugar para el deseo del paciente reorganiza el campo de la transferencia y contratransferencia, y permite establecer las coordenadas desde donde se conducirá la cura.

Sirviéndonos de Lacan establecimos que la contratransferencia es la respuesta del analista a la transferencia, respuesta total, que implica la represión por parte del de este de un significante. De esta manera insertamos el fenómeno en el registro de lo simbólico. Y los afectos, emociones que pueden “despertar” el paciente lo ubicamos en el registro imaginario.

Por lo tanto si el deseo del analista es una operación que supone un vacío para que advenga el deseo en el dispositivo, la contratransferencia es un obstáculo a la instalación del deseo del analista (Lacan 1962). Hemos indicado una relación de proporcionalidad diciendo: a mayor contratransferencia menor instalación del deseo del analista.

En relación a la concepción de la transferencia vimos que Lacan destaca su carácter genuino en cuanto al amor que lo origina tal como Freud lo postulo, e introduce por sobre el carácter de repetición del fenómeno la vía del amor. Entre los *seminarios VIII y XI* ira tomando distancia de concebir a la transferencia como mera repetición de un amor del pasado.

Entendemos que esto eleva el amor como causa de la transferencia y no como efecto del dispositivo. A partir de estas ideas Lacan va delimitando un campo en la que el amor en psicoanálisis comienza a tener otro lugar, podemos decir un estatus que hasta el momento no se le había dado en la teoría, ubicándolo entre los conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Como vimos lo se produce en la Transferencia es la inversión de las funciones, al respecto: la significación del amor se produce en la medida en que la función del *erastés*, del amante, como sujeto de la falta, se sustituye a la función del *arómenos*, el objeto amado ocupa su lugar. (Lacan, 1960, p. 51)

En cuanto a lo abordado con anterioridad pudimos establecer que la transferencia es una fuente de ficción en tanto que el sujeto fabrica algo, hay una construcción y no mera repetición. La repetición se monta en el fenómeno transferencial pero no es la causa de la transferencia. Desde de aquí vimos que Lacan se pregunta sobre la naturaleza y el objeto de

este amor, y al tratarse de una ficción, qué es lo que finge y para quién. Por lo tanto lo fundamental del fenómeno de la transferencia es que ésta se manifiesta en la relación con alguien a quien se le habla y a la que se le supone un saber concluye Lacan. A un Otro cuando se le habla se le demanda. Y lo que se le demanda es amor. Lo que permite suponer detrás del amor de transferencia está la afirmación del vínculo del deseo del analista con el deseo del analizante.

Establecimos que la transferencia separa pulsión y demanda. Es la consecuencia de que el sujeto cuando habla de amor, olvida el hecho de que habla. Así el deseo del analista que ubicamos en un momento como operación de máxima separación, vuelve a unir la pulsión y la demanda mediante la interpretación. Estableciendo otra función del deseo del analista como operación inversa a la transferencia: aquello que separó la transferencia se vuelve a reunir con el deseo del analista. Lo que nos permite distinguir con mayor claridad el análisis de la sugestión y como el deseo del analista permite salir del plano de la sugestión.

Pudimos así delimitar el lugar para la transferencia en tanto un saber sobre el deseo, saber ubicado por el analizante en el analista. Este saber sobre el deseo implica que el analista no sabe, es decir, no tiene un saber previo sobre el deseo de ese sujeto. Pero lo que sí sabe es que el deseo del hombre es el deseo del Otro (Lacan, 1964).

Sirviéndonos de la última clase del *seminario VIII* podemos decir que la función deseo del analista comporta el duelo por el ideal y por objeto. Es decir que el analista deberá operar esta función para poder ocupar el lugar desde donde dirigir la cura. Ya que si el analista se identifica al lugar del sujeto al que se le supone saber (lugar del ideal), y guía la dirección de la cura desde ahí se ofrecerá como Ideal al cual identificarse, imposibilitando la pregunta por el deseo.

Consideramos, siguiendo a Safouan que la incorporación de tal función deseo del analista hace caer la concepción de la transferencia relación entre dos sujetos (Safouan, 2015). El analista no será un espejo sin “marcas” al cual identificarse. El ideal que dirigía la cura entre analistas de la IPA era que el paciente alcance una relación “adulta” con sus objetos, y el analista debería ser aquel quien “educa” emocionalmente a sus pacientes para llegar a tales “metas”, proponiéndose el mismo como ideal.

El deseo del analista permite tomar distancia del Ideal y asumir el duelo de que no hay un bien supremo que permita dirigir la cura. Ya que esta será planteada en tanto la distancia de estos dos elementos: el ideal y el objeto. De este modo el analista se ubicara en su lugar en tanto puede ir estableciendo una diferencia entre ambos. En conclusión la responsabilidad del analista en relación a la dirección de la cura es la de asumir un lugar ético, que no es marcado por criterios exteriores al dispositivo, sino por la única ética posible en el Psicoanálisis: la del deseo.

El analista mediante el deseo que pone en juego, que como dijimos no es un deseo como cualquier otro- sujeto a la metonimia, opera una función que le permite tomar distancia del ideal. Ideal en tanto saber, ideal que el lugar de la transferencia le asigna: “sujeto supuesto saber”. Este es uno de los movimientos que el deseo del analista opera en la economía del dispositivo analítico quedando anudadas la política del analista, que es su ética y la técnica.

De lo que se desprende que no es suficiente con que el analista conozca algunas “vías” del análisis para que ocupe su lugar, es decir que conozca la técnica.

Podemos concluir que el deseo del analista no es un deseo, no apunta a alcanzar un objeto. Es una operación que permite tomar distancia al analista del Ideal y abre la interrogación por el objeto. En esto encontramos una posición opuesta con las “Psicoterapias”, ya que el ingreso de la función el deseo del analista comporta además de las diferencias “técnicas”, un posicionamiento ético: renunciar al poder de la sugestión, y abrir el campo del deseo del analizante.

Para finalizar decimos que el deseo del analista es un concepto solidario a la ética en el Psicoanálisis. Y la elaboración de una ética debe servir a los fines de poder pensar la dirección del tratamiento. Tal como indica Lacan (1958) lo que se dirige es la cura y no al paciente. Quedan articulados el deseo del analista y la política del Psicoanálisis en la dirección del tratamiento. A su vez, desde esta concepción, la posición del analista ira en dirección opuesta a la estandarización del dispositivo analítico, y la burocratización sus acciones. La cura no estará regida por los criterios exteriores a la experiencia analítica (los ideales). Consideramos para terminar que de esta manera Lacan ha retomado la teoría del sujeto que inicio Freud con una ética que le es propia: la del deseo.

Bibliografía:

- Allouch, J., (2009) “El amor Lacan”, Bs. Ar: El cuenco de Plata, 2011.
- Cottet, S. (1984), “Freud y el deseo del Psicoanalista”, Bs. As: Hacia el tercer encuentro del campo Freudiano.
- Ferreyra, N.J. (1990), “Apariencia, presencia y deseo del analista”, Bs. As: ediciones Kliné, 1990.
- Fink, B., (2015) “Lacan a la Letra: Una lectura exhaustiva de los Escritos”. Ed. Gidesa S.A, 2015.
- Freud, Sigmund (1905). “*Tres Ensayos sobre una Teoría Sexual*”. En obras completas Tomo VII, Bs. As: Amorrortu Editores, 2007.
- Freud, Sigmund (1910). “Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica”. En obras completas Tomo XI, Bs. As: Amorrortu Editores, 2008.
- Freud, S (1911), “Recordar, repetir, reelaborar”, en Obras Completas Tomo XII, Bs. As: Amorrortu Editores, 2005.
- Freud, S. (1912), “*Sobre la dinámica de la transferencia*” en Obras Completas Tomo XII, Bs. As: Amorrortu Editores, 2008.
- Freud, S. (1912), “Sobre la dinámica de la transferencia” en Obras Completas Tomo XII, Bs. As: Amorrortu Editores, 2008.
- Freud, S, (1915), “Puntualizaciones sobre el amor de Transferencia”, en Obras Completas Tomo XII, Bs. As: Amorrortu Editores, 2005.
- Freud, S. (1916), “*Conferencia 27° La transferencia*”, en Obras Completas Tomo XV, Bs. As: Amorrortu Editores, 2007.
- Freud, S. (1926), “¿Pueden los legos ejercer el análisis?” en Obras Completas Tomo XX, Bs. As: Amorrortu Editores, 2008.
- Iunger, V, (1991), “El Analista: Entre Contratransferencia Y Estilo”. En Jornadas De La Escuela Freudiana De Buenos Aires “El padre En La Clínica Lacaniana”, Bs. As 1991. Recuperado de: <http://www.efbaires.com.ar> .
- Lacan, J., (1955) “Variantes de la cura tipo”, en Escritos, 1, Ed: Siglo XXI, Buenos Aires, 2014.
- Lacan, J., (1955) El seminario. Libro 2. “El Yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica”. Buenos Aires, Paidós, 2010.

- Lacan, J., (1956) “La cosa freudiana o el sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, *Escritos*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 2014.
- Lacan, J (1956) El seminario. Libro 3. “Las psicosis”. Buenos Aires, Paidós, 2010.
- Lacan, J (1958) “La dirección de la cura y los principios de su poder”. En *Escritos II*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- Lacan, J., (1958) “Intervención sobre la Transferencia”, *Escritos*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2014.
- Lacan, J., (1958) “La dirección de la cura y los principios de su poder”, *Escritos*, Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2014.
- Lacan, J, (1958-59) El seminario, libro 6 “El Deseo y su Interpretación”, Bs. As: Paidós, 2015.
- Lacan, J, (1959) El Seminario, libro 7 “La Ética del Psicoanálisis”, Bs. As: Paidós, 2009.
- Lacan, J, (1960-61) El Seminario, libro 8 “La Transferencia”, Bs. As: Paidós, (2008).
- Lacan, J., (1963) El Seminario. Libro 10. “La Angustia”. Buenos Aires, Paidós, 2012.
- Lacan, J, (1964) El Seminario, libro 11 “*Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*”, Bs. As: Paidós, 2013.
- Lacan, J., (1964), El Seminario. Libro 11. “Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. Buenos Aires, Paidós, 2012.
- Lacan, J., (1954) El seminario. Libro 1. “Los escritos técnicos de Freud”. Buenos Aires, Paidós, 2009
- Le Gaufey, G, (1983) “De la realidad del fantasma” .Seminario 1983-84, clase Jueves 22 de marzo de 1984. Recuperado de: www.redpsicoanalistas.com.ar.
- Miller, J.-A. (1998-99). *Sutilezas analíticas. Los cursos psicoanalíticos de Jacques Alain Miller*. Buenos Aires: Paidós, 2011.
- Miller, J-A. (2012) “Presentación del tema del IX Congreso de la AMP en Bs. As., 26 de abril del 2012”, publicada en la página de la AMP, 2012. Recuperado de http://www.congresamp2014.com/es/template.php?file=Textos/Presentation-du-theme_Jacques-Alain-Miller.html
- Milner, J.C, (1996) “La obra clara: Lacan, la ciencia, la filosofía”, Bs. Ar: Manantial, 1996.

- Naughton, V, "Historia del deseo en la Época Medieval", Ed. Quadrata, Bs As., 2005.
- Pommier, G, (2001), "A propósito del fantasma de devenir psicoanalista", ¿Che Vuoi? 15, "La formación de los psicoanalistas". Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/12231>.
- Rabinovich, D, (2004) "El deseo del Psicoanalista", Bs. As: Manantial, 2015.
- Safouan, M, (2001) "Lacanian 1", Bs. As: Paidós, 2015.
- Slavoj, Z., (2008) "Cómo leer a Lacan". Ed. Paidós: Buenos Aires, 2008.

